

Miradas sobre el vendaval

Una evaluación crítica de las interpretaciones económicas y sociopolíticas de la crisis argentina de 2001*

JULIÁN ZÍCARI**

pp. 1-38

Resumen

Este trabajo busca sistematizar críticamente las interpretaciones que se han propuesto para entender la crisis argentina de 2001. En total se han identificado dieciocho marcos explicativos, en los cuales se hace mención a variados factores y esquemas. Así, se repasan las visiones y matrices analíticas que se han planteado para poder agruparlas en distintos casos, como una suerte de «tipos ideales» weberianos, para el conjunto de estudios que comparten premisas y argumentos. El trabajo se divide en dos partes, una primera con las ocho explicaciones que recurren predominantemente a planteos económicos y una segunda parte, que aborda el grupo de explicaciones centradas en los marcos sociopolíticos. Al final del trabajo se ofrecerán algunas reflexiones a modo de balance crítico.

Palabras clave

Crisis 2001 / Convertibilidad / Argentina

Abstract

The work seeks to address and critically systematizing the interpretations that have been proposed to understand the argentinian crisis of 2001. In total we have identified eighteen explanatory frameworks in which references to various factors and diagrams is made. So, visions and analytical matrices that have been raised to group them in different cases, as a sort of weberian «ideal types», for all studies that share premises and arguments are reviewed. The work is divided into two parts, the first with eight explanations that rely predominantly economic pose, while in the second part will address the group of explanations focus on the social-political frameworks. At the end of the work some reflections will be offered.

Key words

Crisis 2001 / Currency board / Argentina

* Este artículo es un avance de la Tesis Doctoral del autor, defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en el marco de la resolución 2547/12, bajo la financiación del Conicet.

** Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de la misma universidad. Becario del Conicet.
Correo-e: sanlofas@hotmail.com

Introducción

Una revisión necesaria para un hito y sus clivajes

El 2001 representó para la gran mayoría de los argentinos un año inolvidable, aunque es difícil pensar que, más allá de los casos personales, las evocaciones colectivas sobre esa fecha no estén predominantemente marcadas por imágenes tristes, dolorosas y llenas de violencia o locura. En general, hablar de 2001 en la Argentina suele referir a «los días del quilombo», como se los recuerda popularmente: de saqueos, cacerolazos, el corralito, el «voto bronca», la ley de déficit cero, el default, el «que se vayan todos», la renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia, la devaluación que puso fin a la convertibilidad y una sucesión caótica de cinco presidentes en apenas dos semanas. No es posible pensar el presente y la historia contemporánea de Argentina sin hacer referencia a lo sucedido allí, ya que, indefectiblemente, 2001 representó el final de una época y también el nacimiento de nuevos vientos. Como un hecho excepcional, ese año parece estar destinado a inscribirse como una huella muy profunda del pasado argentino, muy cercana en varios aspectos a lo que suele identificarse como «sucesos traumáticos» de la memoria colectiva. Es por ello que se haya vuelto casi una obsesión entre los especialistas de ciencias sociales la necesidad de abordarlo una y otra vez, para buscar explicar lo sucedido. No es casualidad que los acontecimientos que conformaron el proceso vinculado a la crisis hayan provocado un multifacético aquelarre de interpretaciones —muchas de ellas en disputa— sobre cómo debe ser comprendido, porque mientras algunas voces rememoran esas fechas como si hablaran de una auténtica tragedia, otras perspectivas evocan ese pasado con cierto júbilo por sus consecuencias y la apertura política que conllevó. Es decir, 2001 parece ser un calidoscopio en la medida en que cada vez que se lo aborda y se da vueltas sobre él, los mismos elementos que lo conforman parecen desplazarse y ofrecer nuevas configuraciones, mostrando distintas facetas.

A pesar del hito fundamental del año 2001, no parece haber acuerdos, aunque sea mínimos, sobre cómo debemos entenderlo. Por ejemplo, para algunos fue el final del ciclo abierto en 1976 por la dictadura militar y el modelo neoliberal de la valorización financiera que desde allí se implantó. Otros afirman que fue el germen de una revolución que no pudo completarse, trazando analogías en las cuales el «diciembre argentino» de 2001 no fue diferente del «febrero ruso» de 1917 y de la revolución democrático burguesa que allí emergió. Algunas miradas simplemente hacen hincapié en una pésima combinación de problemas coyunturales, mientras que otras afirman que fue la explosión de causas profundas y estructurales de larga data. Es decir, si diciembre de 2001 fue un verdadero quiebre y una crisis sin precedentes, no está claro para las distintas visiones, no sólo las causas de lo que pasó, sino incluso el objeto mismo de estudio a explicar: hay interpretaciones que sólo enfatizan el final de la convertibilidad y remiten el problema a estudiar las causas económicas,

donde otras, en cambio, sostienen que lo fundamental fue la política; mientras algunos se detienen en las marcas «objetivas», otros destacan las «subjetivas»; si por un lado se señala que lo que estallaron fueron las instituciones, de igual modo se afirma que fueron —justamente— las instituciones las que sirvieron de red para evitar un colapso mayúsculo; así, mientras se señala que 2001 fue un tiempo de quiebre de las elites y que debemos mirar «hacia arriba» de la pirámide social para entenderlo, también se reclama lo contrario, proponiendo que el quiebre vino «desde abajo» o —incluso— «del medio»; si se afirma que las causas vinieron «de afuera», con la misma convicción se indica que la lógica de lo sucedido fue endógena y «desde adentro». En resumen, si hay algún consenso en entender 2001 como un año de crisis, conflictos y quiebres, el acuerdo se pierde inmediatamente al querer precisar lo que entró en crisis y por qué lo hizo.

Este trabajo se propone abordar y sistematizar críticamente las interpretaciones, factores causales y esquemas explicativos que se han propuesto para entender la crisis argentina de 2001. Para hacer esto trataremos de comparar abordajes dispares y que han recurrido a diferentes marcos teóricos, bases epistémicas variadas y distintos objetos de estudio, aproximándose, en cada caso, al año 2001 de maneras singulares y heterogéneas. En total, hemos identificado dieciocho marcos explicativos de dicho año, en los cuales se hace mención a variados factores y esquemas. Sin embargo, es necesario aclarar que este escrito no persigue realizar un relevamiento particularizado de lo planteado por cada autor en especial, dado que la producción al respecto es sumamente vasta (lo que haría tal empresa excesivamente larga y, hasta cierto punto, infructuosa, además de que hay autores que cambian de opinión en distintos textos). Más bien repasaremos las visiones y matrices analíticas que se han planteado, agrupándolas en distintos casos, como una suerte de «tipos ideales» weberianos o «modelos bases», para el conjunto de estudios que comparten premisas y argumentos, los cuales intentaremos poner de manifiesto y problematizarlos. Por una cuestión de ordenamiento y exposición, hemos separado las interpretaciones en dos grupos. Un primer grupo conformado por ocho explicaciones que recurren predominantemente a planteos económicos, en las cuales no se presta atención o se minimizan los factores por fuera de ese terreno. Luego, se abordará el segundo grupo, en el cual se detallarán las diez explicaciones centradas en los marcos sociopolíticos. Finalmente, para terminar este trabajo, se ofrecerán algunas reflexiones a modo de balance crítico.

Determinantes financieros, problemas sectoriales y ciclos de acumulación del capital: las explicaciones centradas en el terreno económico

El comenzar un recorrido por las explicaciones que se han dado sobre la crisis argentina de 2001, necesariamente debe hacerse por la interpretación que podríamos llamar «oficial» de la misma, ya que en su momento fue la visión que sostuvieron las autoridades que

comandaron la crisis y, además, es el tipo de interpretación obligatoria para cualquier especialista de ese periodo, ya sea porque se la considera relevante o porque se quiere refutarla. En este caso se trata de la explicación que se ha denominado «fiscalista», propuesta por el pensamiento neoliberal y la ortodoxia económica, en la cual se responsabiliza al *déficit fiscal* como la principal y única causa de la crisis. Así, por ejemplo, Michael Mussa, quien fue economista jefe del Fondo Monetario Internacional (FMI) durante el periodo, afirma:

La falla crítica y evitable de la política económica argentina, que fue la causa fundamental del desastre, [fue] la inhabilidad crónica de las autoridades argentinas de mantener una política fiscal responsable [...] porque] para satisfacer diversas necesidades y presiones políticas, el gobierno (en todos sus niveles) exhibe una persistente tendencia a gastar mucho más de lo que se puede recaudar con impuestos [...] Por tanto, teniendo] en vista el tipo de plan, una falla en el mantenimiento de una política fiscal lo suficientemente prudente seguramente probaría ser un error fatal (Mussa, 2002: 14, 15 y 38).

Para este tipo de explicaciones, vemos que la crisis era perfectamente *evitable* y se trató esencialmente de una «crisis fiscal», causada por el manejo irresponsable de los gobiernos a la hora de administrar el gasto público. Empero, como este comportamiento suele volverse un hábito enfermizo permanente, no es fácil ponerle límites. Así, continúa Mussa: «el gobierno argentino actúa como un alcohólico crónico: una vez que empieza a degustar los placeres políticos del gasto financiado mediante déficit, sigue haciéndolo hasta alcanzar una situación económica equivalente a estar totalmente ebrio» (Mussa, 2002:15). De esta manera, gracias a la imprudencia fiscal, los gobiernos se acostumbraron a vivir por encima de sus posibilidades presupuestarias, lo cual más tarde o más temprano terminaría por causar dudas en los prestamistas con respecto a la capacidad de pago, sembrando así incertidumbres en una coyuntura cada vez menos favorable. Finalmente, ante la falta de responsabilidad para hacer los recortes correspondientes, los préstamos se interrumpieron, lo que hizo que el gobierno se quedase sin los recursos para enfrentar sus compromisos, alentando los fantasmas de default, devaluación y las corridas bancarias que llevaron al «corralito», y que pusieron fin a la convertibilidad. Este tipo de visión fue la que primordialmente guió las acciones del gobierno de la Alianza, embarcándose en una conducta de ajuste permanente, con el fin de equilibrar las cuentas públicas para llevar *tranquilidad* a los mercados, cumplir con los compromisos asumidos con el FMI y acceder a nuevos créditos.

Los tres ministros de Economía que tuvo la Alianza (Machinea, López Murphy y Cavallo), a través de distintas estrategias, sostuvieron este tipo de diagnóstico. Por su parte, como dijimos, para estas visiones la crisis se podría haber evitado si se hubieran realizado los ajustes del gasto correspondientes. Por ejemplo, Claudio Loser, otro importante funcionario del FMI durante el periodo, afirmó: «El 2001 fue la historia de la búsqueda de

soluciones milagrosas, en lugar de las realistas que proponía, por ejemplo, López Murphy» (Tenembaun, 2004:197).¹ Así, se refiere a que, si se hubiera aplicado el recorte estatal de 2.000 millones propuesto por ese ministro, la crisis se podría haber sorteado. Es curioso, igualmente, que ni Mussa, Loser u otros partidarios de las versiones «fiscalistas» tengan presente que apenas unos meses después de ese intento de ajuste se llevó a cabo una poda de 3.000 millones (¡un recorte de un 50 por ciento superior al propuesto por López Murphy!), conocido como «ley de Déficit cero», y que tampoco pudo detener la crisis.² Por su parte, estos esquemas ortodoxos no consideran como un problema el inmenso agujero fiscal que implicó privatizar el sistema jubilatorio, cuando se crearon las Afjp, ni tampoco les parece mal haber utilizado recurrentemente la baja de los aportes patronales o las devaluaciones fiscales (que implicaban recortar impuestos a las empresas), que fueron en parte responsables de desfinanciar al Estado. Además, también parece injusto, desde estas visiones, acusar al gobierno de la Alianza de ser irresponsable en términos fiscales, cuando dedicó todo el tiempo que duró su gobierno a aplicar sistemáticamente recortes en el presupuesto (se aplicaron ocho en apenas dos años, es decir, uno cada tres meses),³ los cuales generaron mayor recesión, desempleo y angustia social, y terminaron, finalmente, por hacer estallar fuertes rebeliones sociales y saqueos que derribaron a su gobierno (donde cada nuevo recorte, agudizaba la depresión, volviendo a hacer caer los ingresos públicos, lo que subía el déficit y llevaba a nuevos ajustes). Con lo cual, el gobierno de la Alianza se desangró internamente y terminó suicidándose políticamente con tal de aferrarse a la mirada *fiscalista*, sin considerar otros problemas por fuera de esa variable.

De este modo, temas como la debilidad de la estructura productiva, el subdesarrollo y reprimarización económica, la apreciación cambiaria con la consabida pérdida de competitividad, generadora del alto desempleo, la pobreza o el sobreendeudamiento, por citar algunos casos, no son siquiera considerados. En este sentido, si se observa lo resumido en el cuadro 1, se notará que, durante todos los años que duró la convertibilidad, hubo superávit fiscal primario e ingresos corrientes más o menos estables. Con ello, el verdadero «problema fiscal» no fue el gasto corriente, sino el financiero, más precisamente el aumento permanente del endeudamiento público y de los intereses que este implicó

¹ Ricardo López Murphy, después de la crisis, señaló que cualquier otra variable a considerar por fuera de la fiscal no sería más que una evasiva para tapar el verdadero problema que representó el déficit como causa determinante del colapso: «Desde el punto de vista empírico, y a pesar de las diversas explicaciones formuladas con el fin de ignorar la dimensión fiscal, la única evidencia econométrica disponible sobre los canales de transmisión de la crisis señala [a] los desequilibrios fiscales como explicación fundamental de la crisis» (Artana, López Murphy y Navajas, 2004: 24). Para un análisis de la gestión de López Murphy y el diagnóstico trazado en ella, ver Zicari (2014b).

² Hay dos análisis que abordan detenidamente el tema fiscal y que cuestionan fuertemente el determinismo fiscalista ortodoxo. Ver: Gaggero (2004) y Damill, Frenkel y Juvenal (2003).

³ Una descripción y análisis de esos ajustes se puede encontrar en Zicari (2014a).

(que pasaron de representar el 7,09 por ciento de los ingresos públicos en 1993 al 20,32 por ciento en 2001, casi triplicándose), fenómenos generados por el desequilibrio externo, que demandó durante tantos años mantener un tipo de cambio apreciado como también las recién señaladas herramientas fiscales para favorecer al capital, tales como las Afjp y la reducción de los aportes patronales. Por ello, es todavía más extraño que, quienes defienden las tesis fiscalistas con tanto ahínco, nunca hagan un análisis mínimo de las causas de aquello a lo que apelan y se embarquen, en cambio, en repetir un libreto dogmático una y otra vez. Todavía más, solo se señala que lo que podría haber aliviado la crisis era recrudescer, incluso más, el clásico repertorio ortodoxo neoliberal, como podría ser el haber realizado privatizaciones más a fondo de los servicios públicos (como en salud, educación y banca pública), otorgar mayor flexibilidad en el mercado laboral y reducir el «gasto político», lo que, según este diagnóstico, al no realizarse, colaboró a agravar la crisis (Krueger, 2002; Sánchez, 2003).

Cuadro 1

Ingresos corrientes, gastos corrientes, resultado primario, pago de intereses, resultado fiscal y sus relaciones, años 1993-2001 (en millones y en %)

	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
a) Ingresos corrientes	41.072,5	47.112,5	47.694,9	45.836,1	53.688,8	55.795,3	54.442,9	55.026,7	50.079,2
b) Gastos corrientes	37.283,3	42.419,3	43.345,3	43.849,1	49.310,6	50.153,9	50.786,5	49.845,5	46.355,4
c) Resultado primario (a-b)	3.789,2	4.693,2	4.349,6	1.987,0	4.378,2	5.641,4	3.656,4	5.181,2	3.723,8
d) Pago de Intereses de la deuda	2.914,0	3.150,3	4.083,5	4.607,9	5.788,3	6.660,3	8.223,6	9.656,0	10.174,6
e) Resultado financiero (c-d)	875,2	1.542,9	266,1	-2.620,9	-1.410,1	-1.018,9	-4.567,2	-4.474,8	-6.450,8
f) Intereses/Ingresos (d-a)	7,09%	6,69%	8,56%	10,05%	10,78%	11,94%	15,10%	17,55%	20,32%

Fuente: elaboración propia con base en datos del Ministerio de Economía.

Desde una posición muy diferente, las visiones heterodoxas del terreno económico han tratado de ofrecer miradas estructurales y de larga data, ligadas a los ciclos económicos y a los procesos de acumulación, buscando presentar una alternativa frente a la ortodoxia fiscalista. En este caso, el segundo tipo de visión está dada por varios economistas que señalan al año 2001 como la explosión de un modelo económico iniciado con la dictadura militar de 1976 y que instauró en el país, a sangre y fuego, un régimen de acumulación financiera, el cual fue agravado por las políticas implementadas en la década de 1990. Para estas posiciones, la ideología neoliberal –que apostó por las premisas monetaristas y su revancha clasista contra los trabajadores, el Estado de Bienestar y el modelo económico

de sustitución de importaciones— fue la responsable de aplicar las políticas de apertura de la economía, las privatizaciones, el retiro del Estado y la desregulación, encumbrando en el poder a grupos económicos concentrados junto a la banca trasnacional; estos buscando obtener beneficios rápidos, necesitaban un tipo de cambio apreciado que les permitiese valorizar sus ganancias y convertirlas en divisas.

De esta manera, el Estado estuvo capturado por los grupos económicos, las corporaciones del gran capital y la ideología de los organismos internacionales de crédito. Ello llevó a los distintos gobiernos a aplicar políticas que hicieron recrudescer los desequilibrios económicos de un país dependiente, perjudicando severamente la balanza de pagos. Así, el Estado debió recurrir sistemáticamente al endeudamiento externo como única manera de sostener el modelo rentístico financiero, atado a tipos de cambio apreciados y a premisas que sólo hicieron énfasis en lo monetario; los principales exponentes de esto fueron «la tablita» de Martínez de Hoz, el plan austral y, más claramente, la convertibilidad. Por lo cual, la deudo-dependencia no podría mantenerse por siempre, ya que los modelos basados en los sectores financieros y rentísticos son propensos a crear burbujas especulativas y son muy vulnerables a los cambios de humor de los mercados, agotando en algún momento la capacidad de tomar deuda, porque ésta no es infinita. Es esto lo que explicaría la inestabilidad y las oscilaciones que tuvo la economía argentina desde los años setenta en adelante, como también las recurrentes crisis y colapsos sufridos por ello. Según esta visión, entonces, la crisis fue *estructural* e *inevitable* en el mediano y largo plazo, a partir de la combinación de tipo de cambio bajo, apertura económica, liberalización de la cuenta de capital y déficit externo, todos ellos causantes del *sobreendeudamiento*, que es ubicado como la principal causa del 2001.⁴

Otros estudios han intentado advertir algo distinto a los planteos estructurales, alejándose de quienes indican que la explosión de 2001 era perfectamente predecible y que sus causas eran fáciles de anticipar. Así, algunos autores ofrecen un tercer tipo de visión sobre la crisis y señalan que, si bien hoy en día la mayoría de los trabajos piensan que 2001, por su importancia, era algo sencillo de pronosticar, lo que es cierto es que en su momento no lo fue y que es vital entender por qué no se previó. En esta dirección, estos autores señalan que, si se hace una reconstrucción del clima de la época, indagando en las principales ideas y visiones de quienes tenían altas responsabilidades, el agotamiento de la convertibilidad y el fuerte peso del endeudamiento no fueron vislumbrados como un problema inexorable o, acaso, como un peligro cercano.

⁴ Esta mirada es sostenida, con algunos matices, por Eduardo Basualdo (2003 y 2006), Robert Boyer y Julio César Neffa (2004), así como por los grupos de economistas de Flacso (Azpiazu, 2002), la CTA (2003) y de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, agrupados en el Plan Fénix (2002; 2004) y en el Cedes (Damill, 2000; Damill, Frenkel y Rapetti, 2005).

De hecho, los tres principales partidos que disputaron la elección presidencial en 1999 (Alianza, PJ y Acción por la República), y que tuvieron entre ellos más del 90 por ciento de los votos, de ningún modo alertaron sobre un virtual colapso próximo⁵ y los principales actores y especialistas no creyeron ver una crisis en el horizonte, a pesar de lo grande que esta finalmente fue.⁶ Es decir, aún la recesión, la apuesta por la continuidad de la convertibilidad era, más allá de los matices, una decisión compartida por el grueso de la ciudadanía, gobernantes, funcionarios extranjeros, grupos inversores y hasta por buena parte de la oposición. Varios trabajos han indagado sobre las visiones y pronósticos poco antes de estallar la crisis, tanto del FMI (Rosnick y Weisbrot, 2007) y los centros económicos ortodoxos –Cema, Fiel e Ieral– como del pensamiento heterodoxo, como Flacso (Aroskind y Schvarzer, 2002), y en ningún caso se anticipó un horizonte de debacle, proyectando –más bien– curvas de crecimiento sostenido hacia el futuro. De esta manera, la denominada «corriente expectativista» señala que, si bien en 2001 la ratio entre deuda externa y PBI terminó siendo alta, fue principalmente por los pronósticos optimistas trazados, dado el ciclo de reformas abierto por la convertibilidad, que tanto apoyo y éxitos había cosechado. Así, se señala que es indispensable reparar en «el rol central que la información y las expectativas, y su evolución, han tenido en el proceso económico que estamos tratando de entender. De hecho, interpretamos la crisis final de la convertibilidad como un acontecimiento que frustró expectativas, creencias y decisiones» (Heymann, Galiani y Tomassi, 2003:7). Es decir, para esta interpretación, si los actores sociales actúan según lo que esperan que suceda, sus visiones sobre el futuro no pueden prescindirse de los análisis, porque son esas visiones las que guían sus comportamientos. Por ejemplo, si una persona espera salir de su casa y que haya un día soleado y calor, actuará de una forma, pero si en cambio lo que hay es una tormenta gigante, estará en un problema doble y más vulnerable que si se hubiese preparado correctamente. Con ello, para estos autores se conformó un horizonte de crecimiento hacia el futuro que era compatible, no sólo con el mantenimiento de la convertibilidad, sino con los niveles de préstamos otorgados, los cuales eran ratios de deuda proyectadas –incluso– por debajo de las trazadas en la media estándar internacional. Sin embargo, el ciclo frustrado de la convertibilidad, al no salir de la recesión desde 1998,

⁵ Si bien el candidato del PJ, Eduardo Duhalde, intentó configurar su campaña bajo el lema «Concertación ya» con la premisa de que «el modelo está agotado», los meses previos a las elecciones presidenciales cambió de estrategia y esgrimió otras premisas. Así dijo: «La consigna sigue siendo Convertibilidad o muerte» Clarín (20/08/1999).

⁶ Por ejemplo, dos economistas, desde su mirada liberal y que fueron muy cercanos a las apreciaciones del gobierno de la Alianza, al momento de comenzar a explicar la crisis económica que sobrevendría sobre el final de la convertibilidad, en su robusto libro de historia económica argentina señalan: «Hemos concluido el relato de la sección anterior hacia mediados del año 1998, precisamente cuando este libro iba hacia su primera edición. Lo que ha ocurrido en aquel momento y la hora en que se escriben estas páginas –inicios de 2003– era inimaginable por entonces. Nunca antes tanta ilusión había dado lugar a tanto desencanto» (Gerchunoff y Llach, 1998:449).

su nivel de PBI se volvió más bajo de lo esperado, haciendo subir mucho el peso de la deuda, volviéndolo incompatible con las previsiones que se esperaban y desatando pánico, subas del riesgo y de las tasas de interés, llevando finalmente a las corridas cambiarias, el corralito y la devaluación.⁷ En resumen, para esta visión la crisis se debió a las *expectativas* trazadas y a las imprevistas *contingencias* macroeconómicas que perturbaron el sendero económico previamente vislumbrado. Empero, este tipo de explicaciones, a pesar de tener el inmenso merito de acercarse y reconstruir las visiones de los protagonistas y del contexto que estudian, se vuelven demasiado *subjetivistas*, descuidando raíces profundas de la crisis como los balances productivos, sectoriales o todos aquellos ligados a una economía tan débil como la Argentina de aquél entonces.

Por su parte, otro tipo de visiones han posado su mirada para explicar la crisis, no tanto en las circunstancias endógenas, como pueden ser los factores estructurales o el déficit fiscal, sino que han tendido a entender 2001 como el efecto de una crisis causada por *factores externos*. En decir, si bien la mayoría de las explicaciones han intentado indagar acerca de los motivos del colapso argentino, varios de ellos han propuesto una mirada fuertemente *coyunturalista*, en la cual el cambio de circunstancias externas es el dato fundamental y la referencia determinante. En este caso, hay dos tipos de explicaciones que ubican al contexto externo como el responsable de la crisis. La primera de ellas hace un análisis centrado en el ciclo económico internacional y en el ciclo de crisis mundiales producido bajo la globalización financiera: la crisis del sudeste asiático (1997), la crisis rusa (1998), la devaluación brasilera (1999) y la crisis turca (2001). Así, si bien ninguna de estas crisis fue por sí misma lo suficientemente fuerte como para generar un shock externo, como cuando fue el «efecto tequila» de la crisis mexicana (en 1995), la progresión y concatenación de todas ellas terminaría por convertirse en un efecto todavía peor que el tequila. Lo cual, convertiría a 2001 en una «típica crisis» de los *mercados emergentes*, características del periodo bajo estudio. De ese modo, se afirma:

[La] crisis argentina se inscribe dentro de una serie de episodios similares que han sido, de hecho, altamente frecuentes en la última década. En esta perspectiva, más allá de que el caso argentino tienda a destacarse por la inusual magnitud del desplome del nivel de actividad y de la devaluación de la moneda local, sería un eslabón más dentro de una cadena de crisis sucesivas que han venido afectando a los mercados emergentes en el escenario de la globalización (López, Chudnovsky y Putato, 2003:94).⁸

⁷ Una interpretación en la misma dirección puede encontrarse en Hausmann y Velasco (2002), y Sainz de Aja (2003). Por su parte, una buena crítica a este tipo de visiones puede encontrarse en Hecker (2004).

⁸ Se encuentra una mirada similar en (Perry y Servén, 2002; Chudnovsky, 2004).

Por lo cual, si bien el 2001 argentino tiene características propias, lo verdaderamente determinante de ese año es el haber sido presa de la trama internacional y, así, caer dentro de la lógica de las *crisis sistémicas* de ese periodo.

En otra dirección, pero aun manteniendo el eje de análisis en el *contexto externo*, el quinto tipo de explicación relevado se basa en los trabajos que han señalado que las causas excluyentes no fueron tanto los factores externos objetivos, sino más bien los *subjetivos*, como fue el *abrupto cambio de condiciones de los prestamistas internacionales*. En este caso, la repentina modificación de las circunstancias de liquidez del orden financiero mundial —vinculadas al «superdólar», con una divisa norteamericana especialmente fuerte— fue lo que impidió que Argentina pudiera continuar con su ciclo económico, basado en gran parte en la obtención y renovación de préstamos desde el exterior, puesto que esto implicaba una mayor dependencia bajo una lógica sumamente volátil, imprevisible y peligrosa. Consecuentemente, desde esta perspectiva se afirma:

La finalización [del plan de convertibilidad] no se debió a una decisión colectiva, producto de algún consenso sobre la inconveniencia del mismo, sino a la imposibilidad material de que continuara. El experimento [de la convertibilidad] no fue rechazado mediante el voto popular, ni a través de la movilización masiva de la población. Fue el cambio de las condiciones externas a la economía argentina lo que precipitó su finalización. Más precisamente, la reticencia de los prestamistas externos a continuar con la financiación del mismo, que tanto los había beneficiado (Aronskind, 2007:9-10).

Por lo cual, ante el intempestivo cambio de los flujos de capital desde los centros del poder financiero hacia los denominados mercados emergentes —América Latina, y especialmente la Argentina—, estos últimos sufrían la alteración de las reglas de juego, con una restricción externa que desembocaría en un notable colapso.⁹ Igualmente estas visiones, más allá de remarcar acertadamente lo complejo de la coyuntura externa al comenzar el siglo XXI, ya sea por la sucesión de crisis en el exterior o por la interrupción de los préstamos y flujos de capital, no pueden descuidar la vulnerabilidad del esquema económico argentino frente a los cambios del contexto, lo cual obliga a centrar —una vez más— las causas en los factores internos, como también a señalar por qué frente a las duras condiciones externas no cayeron todos los países, ni mucho menos de la forma en que lo hizo la Argentina, ya que ese contexto fue igual para todas las naciones.

⁹ Este tipo de visiones no es sostenida únicamente por autores heterodoxos como Aronskind, sino también —y paradójicamente— por pensadores fuertemente ortodoxos. Ver un ejemplo en una publicación del Banco Interamericano de Desarrollo (Calvo, Izquierdo y Talvi, 2002; Calvo, 2003).

De este modo, dentro de los estudios que han tratado de explicar la especificidad del caso argentino, varios autores destacaron que para entender el 2001 es indispensable comprender al que catalogan como el epicentro de la crisis: *el sector bancario*. En efecto, varios trabajos de análisis sobre la economía argentina buscaron explicar el descalabro del país por la forma en que estaba configurado el sistema de bancos, ya que eran los sectores monetarios y financieros los ejes neurálgicos del sistema de convertibilidad a través de los bancos. A su vez, fueron, precisamente, las corridas bancarias de 2001 las que llevaron a la implantación del corralito y, con eso, a terminar con el tipo de cambio fijo y a ocasionar la devaluación. Por lo cual, sin la particular configuración y comportamiento de la banca, la situación hubiera sido otra.

Sin embargo, aquí, nuevamente, nos encontramos con divergencias, ya que las explicaciones sobre el comportamiento del sistema bancario apelan a dos esquemas distintos.

En primer lugar, se encuentran los enfoques que entienden la crisis de 2001 como una «crisis de insolvencia bancaria» basados en el problema de composición del sistema y apoyados en la teoría del «ciclo de negocios»; es decir, entienden que las corridas bancarias no son ciclos aleatorios sino eventos apoyados en los fundamentos económicos.¹⁰ Así, para esta mirada, a partir de la crisis del tequila en 1995 el sistema bancario del país sufrió importantes transformaciones. Por un lado, pasó a estar más concentrado y con un tipo de regulación mucho más estricta, que hacía subir mucho los costos de una devaluación, lo que suponía —por lo menos en la teoría— que el sistema bancario del país argentino fuera más seguro, gracias también a la rápida adopción de las normativas de «Basilea I» y luego de «Basilea +». De hecho, en 1998 el Banco Mundial llamó al régimen bancario argentino uno de los mejores del mundo, en el segundo lugar del ranking de países emergentes, detrás de Singapur y en paridad con Hong Kong, mientras que el FMI hizo lo propio en su Asamblea Anual del mismo año. No obstante, una vez superada la crisis del tequila, la composición de la cartera de los bancos comenzó a cambiar, para crecer en gran magnitud los préstamos otorgados al gobierno central, concentrando los créditos allí y haciendo crecer enormemente la exposición del sistema a un default estatal. A su vez, como esa deuda estaba en su mayoría emitida en dólares, el descalce entre monedas fue subestimado de tres formas: el repago de un deudor que obtenía sus ingresos en pesos, el mecanismo de emisión secundaria y la alta tasa de dolarización que estaba adquiriendo el sistema. En resumen, la concentración de cartera, la suba de las tasas internacionales, las crisis externas, el bajo nivel de actividad económica y el déficit fiscal hacían prever un cese de pagos por

¹⁰ Las visiones que ofrecen esta interpretación se pueden encontrar en González Fraga (2003) y en Francés Verlini, (2004).

parte del gobierno unido a una devaluación del tipo de cambio, todo lo cual dejaba a los bancos sin capacidad de respuesta y muy vulnerables frente al gobierno. Por tanto, el temor ante una situación económica cada vez más grave hizo que los ahorristas fueran a retirar sus depósitos y convertirlos luego a dólares para protegerse, dejando así a los bancos sin fondos y al Banco Central sin las reservas para sostener la convertibilidad. Fue este tipo de lógica, entonces, perfectamente racional, lo que llevó al corralito y la devaluación.

El segundo enfoque de explicación bancaria no apela a los fundamentos económicos y a la *solvencia sistémica* como en el caso anterior, sino que entiende a las corridas bancarias de 2001 como causadas por problemas de *liquidez*.¹¹ En efecto, en este caso hay varios analistas que utilizan los marcos teóricos de las crisis bancarias llamados de «segunda generación», en los que los mercados financieros tienen varios puntos de equilibrio posibles, de distinta composición. Según se señala, las variables macroeconómicas son incapaces de explicar por sí mismas los ajustes de corto y mediano plazo en los mercados financieros y monetarios; más aún, pierden su capacidad explicativa en situaciones donde no es fácil prever una tendencia clara, por lo cual, lo que define que pase una cosa —y no otra— en los mercados bursátiles son las expectativas de los agentes. Así, los ahorristas pueden estar dispuestos a dejar sus ahorros en los bancos y en moneda local, pero también pueden sacarlos de los bancos y cambiarlos a una moneda extranjera, siendo opciones *perfectamente racionales*, bajo determinadas circunstancias, una u otra alternativa. En un caso, no habrá crisis, pero en el otro, si los agentes conjeturan que habrá una devaluación, actuarán rápidamente buscando protegerse y anticiparla, lo que hará finalmente que pase lo que los agentes creen que pasará. Es decir, ocurre una lógica de «expectativas autovalidadas». En 2001, según esta visión, el Banco Central contaba con las reservas suficientes y la devaluación *podría no haber ocurrido* si los agentes se hubieran formado otras expectativas, ya que el respaldo de lo emitido estaba garantizado y la situación macroeconómica no fue muy distinta ese año a la de 2000, por lo que, no tenían fundamentos suficientes para sacar sus depósitos y actuar como lo hicieron. Sin embargo, optaron por prevenir una devaluación y procedieron en consecuencia, *generando* así las condiciones para la crisis *antes de que ésta ocurriera*. Por ello, como vemos, bajo este marco explicativo, la crisis se debió al comportamiento *subjetivo y previo* de los agentes (que fue el que provocó la crisis), y no a los indicadores reales de la economía, ya que dichos indicadores no ofrecían un deterioro suficiente como para causar por sí mismos corridas como las de 2001. Sin embargo, el tipo de comportamiento defensivo que buscó anticipar una eventual devaluación fue la causa fundamental de la misma, porque la acción agresiva contra los bancos y las

¹¹ Esta interpretación es presentada en Dal Borgo (2004) y en Armagno y García Fronti (2004).

reservas dejó al gobierno sin capacidad de revertir el diagnóstico trazado por el mercado. Fue por esto que subió tan abruptamente el riesgo país, bajaron aprisa los depósitos y, así, se obligó a decretar el corralito sobre el fin del periodo. Sin embargo, el problema de este tipo de análisis es que no logran explicar acabadamente por qué una acción tan relevante, compleja y numerosa se realiza de forma tan intempestiva, casi sin fundamentos, en alto número de agentes, reduciendo, con este tipo de lecturas, al análisis y la crisis de 2001 solo a un cambio irracional de los agentes económicos sobre sus expectativas sobre el futuro.

Por último, la octava explicación centrada en el terreno económico, encuentra en *la propia lógica interna del sistema de convertibilidad* el principal detonante de la crisis. En este caso, se trata de la conformación de modelos estilizados para explicar el funcionamiento de la economía durante los años noventa.¹² Para este tipo de explicaciones, entonces, es vital hacer una evaluación de la consistencia macroeconómica para entender los chances de supervivencia del modelo de convertibilidad, más allá de diferentes coyunturas, y de desentrañar su dinámica interna. De esta manera, se analizan la viabilidad conjunta de las dos brechas indispensables del modelo: la fiscal y la externa. Se señala que la Argentina, al momento de adoptar el modelo de convertibilidad, era un país altamente endeudado, por lo cual, para hacer frente al repago de su deuda requería dos condiciones técnicas indispensables: contar con un superávit externo, que le provea al país las divisas suficientes, y un superávit fiscal por parte del Estado para poder comprar esas divisas y así repagar su deuda. Sin embargo, con la convertibilidad, el tipo de cambio apreciado tendía a beneficiar el consumo, los bienes no transables y, cuando crecía la economía, a aumentar la demanda de importaciones, lo que provocaba déficits externos. Así, la única manera de cerrar esta brecha era que la economía estuviera en recesión, porque de esta forma bajarían las importaciones y se produciría un superávit comercial (como fue en 1995 y 2001). No obstante, esto se hacía al costo de que hubiera menor actividad y, por ende, bajara la recaudación estatal, provocando como consecuencia déficits fiscales, con lo cual, nunca se podría combinar ambos superávits, sino siempre debía enfrentarse el «síndrome de la manta corta»: o bien hacer crecer el PBI, al costo de aumentar el déficit con el exterior, o bien acotar la brecha externa, pero generando como consecuencia una economía estancada y en contracción, lo que implicaba un mayor déficit fiscal. En todos los casos, sólo se pudieron atender los desequilibrios de cada coyuntura recurriendo al endeudamiento externo (o durante la primera mitad de la década a los ingresos extraordinarios de las privatizaciones), pero, gracias a la liberalización financiera, la tasa de interés tendió a

¹² Una explicación de este tipo se puede encontrar en Musacchio (2009) y en Schwarzer (2002). Una defensa de la convertibilidad pueda hallarse en Cavallo (2002).

subir y a acotar las posibilidades de acceder a los préstamos del exterior para cubrir los baches. En resumen: la convertibilidad conllevaba en su interior los elementos de su propia autodestrucción, entendiéndose así al 2001 como una «crisis del modelo» que *indefectiblemente* tendría que estallar más allá de una u otra coyuntura.

Ahora bien, en los ocho casos que hemos desarrollado hasta ahora hay un elemento en común que no deja de debilitar a las explicaciones económicas para entender el 2001. Nos referimos a descuidar todos los elementos por fuera del terreno económico, que, creemos, no pueden dejarse de lado de ninguna manera, y que muchas de las explicaciones que repasamos ni siquiera consideran. Si hacemos un breve repaso de todas las crisis económicas de la historia argentina entre 1880 y 2002 (cuadro 2), notamos que en 2001 no ocurrió la crisis económica más grave del país, si entendemos por esto la caída de su producto.

Cuadro 2

Crisis de la historia económica argentina y su profundidad

Crisis	Año de inicio	Año de finalización	Profundidad (1)	Duración
De 1880	1880	1881	-6,32	2
Baring	1890	1891	-19,22	2
Primera guerra	1913	1917	-34,17	5
Del treinta	1930	1932	-20,43	3
Institucional (2)	1962	1963	-7,00	2
Rodrigazo (2)	1975	1976	-4,01	2
De la deuda	1981	1982	-11,29	2
Hiperinflación	1988	1990	-12,66	3
Convertibilidad	2001	2002	-24,13	2

(1) Caída acumulada del PBI per cápita.

(2) Si se utiliza una definición que compute las crisis como caídas del PBI per cápita por debajo de la media menos dos desvíos estándar, estos episodios no calificarían como crisis.

Fuente: Albrieu y Fanelli, 2008:245.

Curiosamente, la crisis más aguda ocurrió durante la primera guerra mundial y fue, si se quiere, la crisis más «silenciosa» de todas en un doble sentido. Por un lado, porque a pesar de haber sido una crisis extremadamente grave, ha sido muy poco estudiada y casi olvidada por muchos. Pero, por otro lado, eso último parece tener una explicación: en ella no hubo grandes explosiones populares, un desprestigio generalizado contra las instituciones, la clase política, corridas bancarias o, siquiera, un cuestionamiento de fondo al modelo económico en funcionamiento, el cual no fue modificado a pesar de la crisis. Además, es necesario recordar que esa crisis, cuando se inició en 1913, también implicó —como la de inicios del siglo XXI— la salida de un tipo de cambio fijo, junto con una devaluación en una muy mala coyuntura externa. Sin embargo, y en contraposición de todo esto, la explosión

de 2001 fue una de las crisis más graves de la historia argentina, pero no sólo por sus implicancias económicas, sino también –y sobre todo– por lo sucedido en el terreno sociopolítico. No es posible aplicar esquemas mecanicistas de lo económico, al viejo estilo del marxismo vulgar, para explicar la superestructura política, social o institucional, como si fuera uno un reflejo automático del otro, sino más bien es necesario darle a estos ámbitos un lugar propio. Es esto lo que intentarán hacer las explicaciones que abordaremos en la siguiente sección.

Los actores, sus estrategias y la dinámica de la acción colectiva: explicaciones sociopolíticas de la crisis

Para abordar las explicaciones sociopolíticas sobre la crisis 2001, nada mejor que comenzar con una de las interpretaciones más populares de la misma. En este caso, nos referimos a aquellas que entienden al 2001 como un «Argentinazo», las cuales son generalmente presentadas por analistas de izquierda o provenientes del marxismo. Así se afirma:

El levantamiento popular del 19 y del 20 de diciembre pasados fue el más preparado de todos los que lo antecedieron, pues fue la consecuencia de más de un década de huelgas y movilizaciones de derechos humanos y contra el gatillo fácil, pero por sobre todo fue el resultado de la acción del movimiento piquetero y de los cortes de ruta más grandes de la historia argentina y de la mayor parte de los países del mundo; fue un General Moscóni y Tartagal a escala de la nación toda (Altamira, 2002:16).

Este tipo de explicaciones señala, como principal matriz explicativa de 2001, a la acumulación progresiva de rebeliones populares durante el periodo, dada la degradación de la situación social, económica y política, así como por la pérdida de eficacia de los mecanismos de legitimación del neoliberalismo, siendo el 19 y 20 de diciembre un eslabón más de una larga cadena de protestas. Con ello, el «Argentinazo» es caracterizado de diferentes formas: como una «insurrección obrera revolucionaria» (Altamira, 2002), una «protesta popular destituyente» (Carrera y Cotarelo, 2004), un «piqueterazo» (Oviedo, 2004) o como una «rebelión de las clases populares» (Bonasso, 2002). De ese modo, los sujetos sociales que lo llevaron a cabo varían entre una genérica caracterización del «pueblo» y los sectores populares, pasando por la «clase obrera revolucionaria» (Sartelli, 2003), los piqueteros o una alianza de clases entre «la fracción revolucionaria de la pequeña burguesía y los trabajadores» (Altamira, 2002). Las causas de dicho levantamiento suelen ser ubicadas en el alto desempleo, la marginación y pauperización social, el aumento de la pobreza y los bajos ingresos, como también en un rechazo al modelo neoliberal.

Por su parte, no existe consenso sobre si las rebeliones de diciembre de 2001 fueron «espontáneas» o tuvieron un «programa político» a llevar a cabo,¹³ ni tampoco hay uno sobre cuándo es posible ubicar el inicio del ciclo de protestas, dado que algunos autores lo ligan con hechos como la Semana Trágica de 1919 (Sartelli, 2003), el 17 de octubre de 1945 y el Cordobazo de 1969 (Gordillo, 2010), mientras que otros otorgan fechas más próximas, con distintas combinaciones, ligándolo al periodo neoliberal iniciado en 1976, al modelo de la convertibilidad de la década de 1990 o al comienzo de las organizaciones piqueteras a partir de 1997 (Carrera y Cotarelo, 2004; Oviedo, 2004). Si bien este tipo de enfoques repara en los ciclos de protestas de los sectores subalternos, y esto es un dato insoslayable para cualquier análisis de 2001 (dado que esto, creemos, es el principal diferencial con respecto a las otras grandes crisis económicas, que –salvo el Rodrigazo– no tuvieron este tipo de respuestas), hay varios elementos que no logran ser muy bien explicados o son fuertemente descuidados. El primero se refiere a no tener en cuenta que los diversos grupos piqueteros, a los cuales la mayoría de los trabajos ubica como protagonistas principales de las rebeliones, estaban, hacia el final de 2001 en un fuerte proceso de fragmentación y enfrentamiento interno. Es decir, si hasta agosto de 2001 los distintos grupos piqueteros tuvieron una actitud de cooperación y solidaridad entre sí, expresados en la Primera Asamblea Piquetera Nacional de julio y el Plan de lucha nacional durante agosto, lo cierto es que esos hitos marcarían el principio del fin de la unidad piquetera. Porque a partir de allí, sobre todo con la realización de la Segunda Asamblea Piquetera Nacional de principios de septiembre, muchos grupos comenzarían un camino de repliegue y enfrentamientos entre sí, lo que hizo que el movimiento piquetero no fuera un verdadero protagonista del tramo final del 2001 y que, en la mayoría de los casos, estuviese casi ausente en las jornadas de diciembre.¹⁴ En segundo lugar, los esquemas que apelan al «Argentinazo» no explican por qué la furia popular se produjo en 2001 y no en otro momento; es decir, por un lado, por qué la rebelión –si sólo se produjo «contra los políticos», la burguesía o «el modelo»– no ocurrió antes (ya que, como vimos arriba, en las elecciones de 1999 fueron votados mayoritariamente los candidatos que proponían asegurar –más que romper– con los esquemas neoliberales) o, por otro, por qué no se agudizó tiempo después, puesto que, al contrario de lo esperado, los niveles de conflictividad tendieron a bajar a gran velocidad una vez que la situación económica mejoró. En este último caso, si se apela a explicar las protestas de 2001 sólo sobre bases políticas e ideológicas de tipo «revolucionaria», «insurgente» o bajo la forma de que los sujetos ganaron «un mayor nivel de conciencia», no es

¹³ Una discusión sobre esto se encuentra en Altamira (2002), Carrera y Cotarelo (2004) y en Sartelli (2003).

¹⁴ Para un análisis detallado de esto ver Zicari (2015).

fácil entender por qué no se construyó una alternativa política comandada por los sectores populares y por qué se recompuso, en forma relativamente breve, el mismo sistema de partidos políticos y la vuelta «a la normalidad», y que implicó revalidar a muchos de los factores que se indican como causantes de las protestas.

De un modo casi simétrico a esto, hay varios trabajos que señalan que la crisis del 2001 no puede dejar de explicarse, no tanto por lo que pasó «abajo» de la pirámide social, sino más bien por lo ocurrido «arriba» de ella. Así, se señala que, si bien las explosiones de los sectores subalternos fueron muy visibles y sonoras, es indispensable reparar en el accionar —más silencioso si se quiere, pero más importante a fin de cuentas— de las luchas y los conflictos de los sectores del capital concentrado del país, que fueron, en gran medida y a través de distintas estrategias y canales, los responsables últimos de la crisis, usando a la sociedad como su chivo expiatorio de lo ocurrido detrás de escena. De allí que, para estas visiones, 2001 es definido como la «historia sobre cómo algunos empresarios y ciertos banqueros, cada cual con sus aliados políticos, se enfrentaron en una guerra sin cuartel, con el país y su gente como campo de batalla» (Arisó y Jacobo, 2002:13). Es decir,

...[Se] vincula la crisis del modelo neoliberal con un proceso de fractura dentro de la gran burguesía argentina asociado, por un lado, a la conformación desde mediados de la década del noventa, de dos realidades estructurales diferentes y, por otro, a que, desde 1998, ninguna de estas fracciones logró disociar su dinámica de acumulación y reproducción del comportamiento del ciclo económico interno (como si había ocurrido con posterioridad a la crisis de 1995) [...] [Entonces] la crisis de 2001 es la forma en que se expresa un agudo enfrentamiento entre las distintas fracciones que integran el bloque dominante (Castellani y Schorr, 2004:57).

En este caso, se trata de señalar que, sobre finales de la década de 1990, el consenso y la denominada «comunidad de negocios» entre los distintos sectores del capital concentrado se había quebrado en su respaldo al modelo de la convertibilidad, dadas las contradicciones estructurales de los ciclos del capital entre sectores. De este modo, al conformarse en 1999 el «Grupo Productivo» por parte de la Unión Industrial Argentina (UIA), la Cámara Argentina de la Construcción (CAC) y las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) se comenzó a buscar una salida devaluatoria que pusiera fin al tipo de cambio fijo, para recuperar competitividad externa y para que el mercado interno recuperara dinamismo (Gaggero y Wainer, 2004). Por su parte, y al mismo tiempo, mientras la convertibilidad entraba en su fase terminal, los sectores ligados a las empresas privatizadas y a la banca transnacional, temiendo ver pulverizados sus ingresos y reducidos los valores de sus activos con una devaluación, hicieron lo propio, pidiendo la dolarización total de la economía, como una suerte de «etapa superior de la convertibilidad» y de alejar para siempre el

peligro devaluatorio. Donde, a su vez, dolarizar la economía sería algo sencillo de proponer a la población y también algo en consonancia con lo que hicieron por ése entonces países como Ecuador y El Salvador y con la estrategia continental de Estados Unidos de construir un Acuerdo de Libre Comercio Americano (ALCA).¹⁵ Así, mientras *los devaluadores* lograron articular un frente con el sector de la CGT liderado por Hugo Moyano, el duhaldismo y Alfonsín, los dolarizadores tuvieron como sus máximos representantes en Carlos Menem, Fernando De Santibañez, los presidentes del Banco Central Pedro Pou y Roque Fernández.¹⁶ El principal campo de batalla era, entonces, para ambos grupos, actuar para imponer la forma en que debía entenderse la crisis y, así, promover las medidas correspondientes. Por ejemplo, si la crisis lograba ser entendida como culpa de «la baja competitividad» producida por el tipo de cambio fijo, habría que devaluar; en cambio, si la crisis se debía a «la falta de confianza en la convertibilidad», habría que dolarizar para asegurarla. Finalmente, la puja y las contradicciones entre los dos bloques por imponer un proyecto por sobre otro, montados muy bien con su poder de mercado, sus alianzas políticas y capacidad de presión, fue el resultado final de una explosión como la de 2001.

Debemos decir que ese tipo de interpretación logra ubicar muy bien cómo se articularon distintas estrategias para conformar una alternativa de poder frente al agotamiento de la convertibilidad. No obstante, no es posible descuidar el peso relativo que tuvo tal tipo de accionar, dado que es difícil afirmar que las disputas al interior del bloque del capital concentrado hayan sido suficientes (solas y en sí mismas) para desatar la crisis, sino que más bien, en el mejor de los casos, pudieron tan solo direccionar algunos de sus tramos o aprovechar situaciones para que se ejecuten ciertas medidas de su interés. Porque, a su vez, actores claves —como los grupos piqueteros— o sucesos determinantes —como el «voto bronca» o la renuncia de Álvarez— estuvieron muy lejos de ser controlados, o siquiera promovidos, por alguna facción del capital concentrado. Es más, debemos decir que, incluso, durante 2001 y después, se puso fuertemente en cuestión a la clase dominante en su conjunto, no sólo a la clase política, sino también a la empresarial, y que durante varios tramos muchos sectores del bloque dominante temieron verse arrasados por un proceso que amenazó con radicalizarse todavía más y desbordarlo todo. Sin dudas, los sectores de la cúpula empresarial cuentan con un influjo muy fuerte en las altas esferas estatales, poseen enormes recursos de todo tipo —simbólicos, económicos, culturales, etc.— y son capaces de ejercer influencias y presiones como casi ningún actor; como señalaba Marx: las

¹⁵ Para un análisis de los proyectos de dolarización en el continente y su vinculación con la construcción del Alca ver Brenta (2004) y Kan (2009).

¹⁶ Esta interpretación también es sostenida por Castellani y Szkolnik (2011), y Schorr (2001).

ideas de la clase dominante son las ideas generales de una sociedad. Sin embargo, creemos que es necesario hacer un esfuerzo mayor para integrar dicha lógica en un proceso tan caótico como el de 2001, así como complejizar la relación entre interés/demanda/actor y articulación política, sin darles a los grupos económicos concentrados un papel absoluto o de *ex deus machine*, rol con el que estuvieron lejos de contar.¹⁷

Otro tipo de interpretaciones, más que ahondar en los conflictos internos del bloque empresarial local, indican que las miradas deben dirigirse hacia el actor político y socio-económico determinante del proceso: el FMI. En efecto, ha sido mucho lo que se escribió y discutió sobre el rol del FMI en la crisis argentina de 2001, ya que el país pasó en poco tiempo de ser «el mejor alumno» hasta poco antes del estallido, para convertirse luego en «el peor ejemplo». Sin embargo, las visiones que ubican al FMI como principal responsable no están unificadas, existiendo tres miradas en disputa. Por un lado, se encuentran las visiones de los mandatarios del gobierno de la Alianza, quienes sostienen que desde el Fondo se buscó, con toda intencionalidad, el colapso argentino, para demostrar el nuevo tipo de política internacional pregonado por los Estados Unidos. Así, De la Rúa señaló:

Es cierto, eran días calientes [en 2001], la economía andaba mal, ¿pero sabe por qué andaba mal? ¿sabe cuáles eran los problemas que teníamos? ¿de dónde se levantó una voz, tanto de mi partido como del justicialismo, denunciando la actitud del Fondo Monetario? Todo venía porque me dejaron solo en la pelea con el Fondo Monetario Internacional, que era la expresión peor del capitalismo retrogrado, [por] la forma en que actuaron [...] Kirchner señaló en algunas declaraciones que si Estados Unidos hubiera tenido otra actitud no pasaba lo del 2001. Ellos comenzaron a retacearnos los créditos ya concedidos [...] La gente se ha dado cuenta que el Fondo Monetario nos asfixiaba [...] En el Fondo estaban de milagreros. Era la administración Bush, republicana. Llegaron ahí Kholer, un alemán que se enojó mucho cuando yo anulé el contrato de Simems, y una señora Anne Krueger, una fundamentalista ortodoxa, que aplicaba la teoría del riesgo moral, que significa que cada país se arregle como pueda y responda por lo que causó [...] Entonces, querían dar el ejemplo de rigor. Querían aplicar esa teoría del riesgo moral y tenían dos casos: Turquía y Argentina. Turquía no, porque era una base norteamericana. Entonces querían mostrar rigor contra nosotros [...] El Fondo Monetario que me negó 1.200 millones de pesos [dólares] de la segunda [quinta] cuota que provocó el inicio de la crisis, [y] del corralito, después ése mismo Fondo le ofrece 300 mil millones [de dólares] a Grecia.¹⁸

¹⁷ Un intento en esta dirección se encuentra en (Zicari, 2016a; 2016b).

¹⁸ Estas declaraciones fueron emitidas en el programa «Tercera posición», conducido por Rolando Graña el 10/09/2014. Se encuentra disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=1YjRDjCIVcY> [consulta 11/09/2014]. Ver también «Cavallo: la Argentina es el nuevo conejillo de Indias del FMI» Clarín (18/11/2001) y Fernández Meijide (2007:208).

Sin embargo, más allá de la mayor intransigencia que ofreció el organismo en 2001 con respecto, por ejemplo, a la crisis de 1995, lo que es cierto es que el FMI dio una asistencia casi cinco veces mayor en 2001 que durante 1995 (cuadro 3)¹⁹ y brindó su apoyo en casi todo lo requerido por el gobierno: el Blindaje (diciembre 2000), el Megacanje (mayo 2001), el Salvataje (septiembre 2001) y la reestructuración voluntaria de deuda (noviembre 2001). Además, de las cinco supervisiones realizadas por el organismo durante el último año de la Alianza, el Fondo aprobó cuatro de ellas, aún cuando la Argentina no cumplió con muchos compromisos y sólo denegó la última revisión en diciembre de 2001, cuando la crisis ya prácticamente había explotado. Por lo cual, a pesar de que este tipo de explicación da cuenta del notorio cambio de posición del FMI durante el proceso de la crisis, lo que es cierto es que el Fondo respaldó al gobierno de la Alianza casi hasta el final. Es por ello que, más que responsabilizar al FMI por «no haber hecho nada» o haber dejado sola a la Argentina, es necesario evaluar cómo actuó, ya que la acción del Fondo no estuvo para nada ausente.

En ese sentido, las otras dos visiones que responsabilizan al FMI por su rol en la crisis argentina son totalmente antagónicas entre sí. Una señala que FMI fue culpable de la crisis por «hacer poco», pero no en el sentido en que lo reclaman los miembros de la Alianza, sino en uno muy diferente, exigiendo que el Fondo debió haber tenido más *rigor*, ya que tendría que haber actuado de manera más firme y menos displicente con el gobierno argentino, por ejemplo, exigiendo mayores ajustes del gasto (De Beaufort Wijnholds, 2003). En la otra dirección, casi totalmente contraria, se acusa al FMI de «haber hecho demasiado», ya que su ayuda estuvo muy mal dada, su diagnóstico equivocado y sus consejos bañados de dogmatismo ideológico, todo lo cual habría colaborado con generar un colapso mayor, endeudar más al país, facilitar la fuga de capitales —cuando no, a financiarla con sus desembolsos— y retardar una salida del tipo de cambio fijo, que terminó siendo mucho más costosa que si hubiera ocurrido antes (Stiglitz, 2002; Ocampo, 2003). Es decir, estas tres miradas responsabilizan al FMI de cosas muy distintas: de haber dejado solo al país, de actuar de manera endeble y, la tercera, de haber intervenido de forma funesta. Igualmente, lo que estas explicaciones no indagan es por qué, si la responsabilidad del FMI fue tan importante como indican, otros países de la región no sufrieron las mismas consecuencias, ya sea con respecto al comportamiento del Fondo o a la caída de sus economías, del mismo modo en que lo fue el caso argentino.²⁰

¹⁹ Para un análisis de las diferencias económicas de las dos crisis de la convertibilidad y su dispar resolución, ver Zicari (2014c; 2016c).

²⁰ Una discusión al respecto puede encontrarse en Becker (2003) y en Meltzer (2003). Con respecto a una evaluación interna posterior por parte del propio FMI para el caso argentino ver FMI (2004; 2006).

Cuadro 3

Desembolsos, pagos y saldos netos de FMI con Argentina, 1990-2001 (en millones de dólares)

Año	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
Desembolsos del FMI	458	418	804	1.586	893	2.317	788	433	0	0	2.064	10.619
Pagos al FMI	731	1.035	877	378	423	475	426	469	682	827	1.453	1.631
Desembolsos netos	-273	-617	-73	1.208	470	1.842	362	-36	-682	-827	611	8.988

Fuente: Brenta (2008:505).

Por otro lado, y como cuarto tipo de interpretación, debemos tomar en cuenta una de las más populares durante la crisis y que fue utilizada principalmente por parte del discurso periodístico y por muchos de los protagonistas, hegemonizando las categorías de comprensión del proceso por ese entonces. En este caso, nos referimos a las explicaciones que han responsabilizado de manera total y absoluta de la debacle de 2001 a la clase dirigente del país, más puntualmente «a los políticos». Aquí, por ejemplo, se ha señalado:

... en el país de los argentinos, la República fue secuestrada y reemplazada por una partidocracia madurada al amparo del clientelismo, el derroche de los dineros públicos y una corrupción imposible de acotar en la medida en que los jueces dependían, en términos de su nombramiento y eventual remoción, de la clase política. No hemos llegado, pues, a este nivel de postración por el neoliberalismo, la convertibilidad o el capitalismo, sino por la incompetencia de los dirigentes (Massot, 2002:8).

Para este tipo de miradas, entonces, es fácil explicar el derrumbe político y económico, el grito de «que se vayan todos», el odio contra la clase política, la crisis de representación y la debilidad del Estado, saqueado y endeudado por el excesivo «gasto político», utilizado para mantener a los grupos dirigentes. Así, como vemos, el esquema utilizado es ciertamente maniqueo y se remite a utilizar tácitamente la interacción de dos tipos de actores, muy distintos entre sí. Por un lado, «los políticos», descritos como una clase totalmente homogénea y cerrada sobre sí misma («la partidocracia»), corrupta, inútil, sin diferencias internas ni valores o ideologías, que se garantizaría su impunidad por el solo hecho de pertenecer a ella; en la que todos sus miembros son movidos por los intereses inmorales y un afán de lucro insaciable, deseando solo llegar al Estado para obtener todos los beneficios o prebendas posibles, ya sean estas legales o ilegales. Mientras que, por otro lado, se encontraría «la gente», una categoría difusa que es representada como un colectivo de individualidades sin conexiones entre sí, carente de intereses, ideologías o conflictos, y como una suerte de gran «bella alma» hegeliana: un agente que se ve a sí mismo como noble, inocente, frágil y desinteresado, y que no tendría otra intención más que vivir dignamente, pero que «los políticos» empeñados en enriquecerse y robar se lo impedirían, sometiendo

al país en la miseria y la debacle. Con lo que, finalmente, «la gente» no tendría ningún tipo de incidencia o responsabilidad en el proceso que le toca vivir.

Una explicación como la anterior es habitual en momentos de crisis y desamparo, y es también una de las preferidas por el pensamiento político neoliberal —el dominante por aquella época—, en el cual se busca separar tajantemente «la política» —considerada una actividad vil, espuria y arbitraria— de «la técnica» —vislumbrada como objetiva, neutral y científica—, y en la que suele esconderse solapadamente también, detrás de su discurso contra «los políticos» (hermano del discurso «anti-corrupción»), el combate acérrimo contra toda forma de intervención estatal. Los problemas que arroja este tipo de explicación son muchos.

Por comenzar, debemos decir que las dos clases de actores que utiliza esa tesis y el conflicto central que establece entre ellos («la gente» versus «los políticos») es sumamente pobre e incapaz de explicar, por ejemplo, por qué no siempre esas mismas sociedades sufren crisis o colapsos. Por supuesto que hay líderes políticos con mayor capacidad que otros para conducir y gobernar (y que hay también otros que cometen ilícitos), pero apelar simplemente a la mayor o menor «suerte» de una sociedad con respecto a los dirigentes que «le tocan», como suelen hacer quienes usan este tipo de mirada, no tiene solo los enormes problemas de generalizar algunas pautas de comportamientos o casos puntuales y de desvincular a los elencos políticos que lideran los procesos históricos de las mismas sociedades que los encumbran, sino también el de perder de vistas factores estructurales y causales que juegan un peso descollante en cualquier crisis. A su vez, estos esquemas desresponsabilizan con mucha facilidad al grueso de los actores sociales y a todos aquellos que apoyaron (y votaron) los programas económicos y políticos que esos dirigentes ejecutaron y que luego terminaron por desembocar en un colapso. Por ejemplo, es difícil pensar que sin el altísimo grado de respaldo social con el que contó la convertibilidad, la misma hubiera durado tantos años, del mismo modo en que hubiera resultado difícil pensar que la misma podría seguir funcionando sin todas las consecuencias negativas que ella implicaba y que fueron parte de la crisis (alto desempleo, bajos salarios, aumento de las desigualdades, sobreendeudamiento, etc.). Además, también es difícil para quienes defienden este tipo de mirada explicar por qué, cuando se realizaron las elecciones siguientes a la crisis en 2003, no hubo un recambio abrupto de la dirigencia política, sino uno muy acotado en el que de modo irónico prácticamente «se quedaron todos». Por último, debemos decir que las interpretaciones que apelan a un esquema «anti-político» terminan por ser peligrosas en el largo plazo, no sólo porque suponen que la desideologización es una virtud, sino porque cualquier intento de anular los debates y la «política» puede ser propenso a las intervenciones

autoritarias o a formas que acoten los mecanismos democráticos de resolución de las diferencias: sólo con mayor «política» —es decir, con más deliberaciones, ideologías y discusiones— las sociedades se organizan de mejor modo, refuerzan sus instituciones y trazan sus destinos de manera más transparente y con mayor participación.²¹

Sin apartar la mirada de las elites, hay varios planteos que centran sus análisis más que en «los políticos» como una generalidad, haciéndolo más precisamente en el papel desempeñado por los principales partidos políticos durante la crisis, ya que fueron quienes tuvieron a los elencos gobernantes —y por ende, mayor responsabilidad—, atribuyendo la raíz de los problemas tanto a la Alianza como al peronismo.²² En un caso, quienes ponen el acento en el gobierno de la Alianza apelan al clásico marco epistémico de la sociología política para analizar al sistema político y a sus componentes: las estrategias partidarias, los actores gubernamentales y sus elencos, los recursos institucionales, los métodos de intervención y, sobre todo, los estilos de liderazgos. Así, entienden que el principal determinante de la crisis fueron las propias contradicciones internas de la Alianza, la cual fue una coalición electoral formada solo para ganar las elecciones, pero que «no llegó a transformarse en verdadera coalición de gobierno» (Serrafero, 2002: 26-27).

En este caso, se trata de señalar los problemas que implicó la formación de la Alianza una vez que esta llegó al gobierno, dadas las notables asimetrías en sus dos principales socios. Por ejemplo, se señala que el Frepaso perdió la provincia de Buenos Aires y la UCR obtuvo el puesto de presidente en un país de larga tradición presidencialista, lo que se tradujo en un gabinete claramente desbalanceado: el Frepaso solo tuvo dos ministros (de un total de diez), ocho secretarías (de 42) y cuatro subsecretarías (de 58) (Ollier, 2001: 159). A su vez, estos desequilibrios se volvían más importantes si se tiene en cuenta la falta de un liderazgo indiscutido en la Alianza y los *estilos de conducción*, permanentemente individualistas, de quienes debían cooperar para ganar eficacia: Fernando De la Rúa y Chacho Álvarez. Uno, proveniente del sector más conservador de un viejo partido de centro, que se sentía a gusto con los acuerdos bipartidistas, y era dueño de «un dispositivo para no decidir», mientras que el otro, había crecido en un joven partido que se fogueó a base de criticar a la «vieja política» y que realizaba, de manera excesivamente audaz, una fuerte «apuesta coyunturalista [par]a hacer de cada circunstancia una oportunidad» (Novaro, 2002:24). Con ello, los incentivos para el trabajo conjunto fueron relegados en pos de estrategias de supervivencia individuales: mientras De la Rúa apostaba por concentrar el poder

²¹ Este tipo de miradas también se encuentran en Camarasa (2002), Di Mauro (2003), Nabot (2011) y Di Matteo (2011). Una buena crítica a ellas en Mocca (2002).

²² En este párrafo, como también para las interpretaciones que llamaremos «institucionalistas» más adelante, seguimos a Bovencchi (2006).

y subordinar a todos detrás de sí, Álvarez no podía dejar apagar su propia estrella, por lo que, con el escándalo de las sospechas de sobornos en el Senado, fue la ocasión perfecta para que ambos estilos colapsen: si Álvarez quiso aprovechar la oportunidad para relucirse y presionar para reconfigurar el juego de poder, De la Rúa leyó en ello una amenaza directa a su propia persona por parte del vicepresidente, amén de un riesgo para mantener el sistema de pax y gobernabilidad con el peronismo; con lo que era inevitable que el quiebre entre ambos llegara y que este dejara herida a la Alianza. A su vez, con el agotamiento de la gestión de Machinea, De la Rúa, nuevamente, en vez de buscar el respaldo partidario, ya sea en la coalición o en la propia UCR, decidió doblar la apuesta individual —primero con López Murphy y luego con Cavallo—, atando su suerte a este último y al apoyo de los mercados financieros en una visión fanática por agradecerlos al realizar ajustes sistemáticos, con el único fin de disminuir el riesgo país. Sin embargo, aún en lo peor de la derrota electoral, tampoco De la Rúa encontró un incentivo para refugiarse en los partidos que lo encumbraron, actuando «como si nada hubiera ocurrido» y en una actitud «autista» (Serrafero, 2002: 33). De allí que, una situación económica sin respuestas y una política totalmente empantanada serían un coctel mortal, el cual debía asumir De la Rúa en la propia soledad que había sabido construir: ya no existía sobre el final de su mandato una coalición o partido que se molestaran en sostenerlo.

Es decir, para estas interpretaciones, finalmente, el principal problema fueron los estilos de liderazgo en la Alianza, especialmente el de De la Rúa, que fue sumamente desacertado para los tiempos de una coyuntura tan vertiginosa como la de 2001; este prefirió dejar diluir la Alianza para concentrar poder en su entorno y «mantuvo relaciones más conflictivas que cooperativas» con su propio partido (la UCR) y con su titular (Alfonsín) (Serrafero, 2002:47), generando un presidente con un tipo de «conducción débil» (Degiusti, 2010). No obstante, el principal acierto de este tipo de posturas a veces termina por convertirse en su peor falencia. Es innegable que las formas de liderazgo y de interacción estratégicas de las elites son importantes y que el poder del protagonismo individual tiende a aumentar en coyunturas críticas, pero no es posible centralizar un proceso tan amplio y complejo como el de 2001 sólo en esto, presentando la dinámica de la crisis como una coyuntura excesivamente fluida y diluyendo otros entramados de peso, en la cual el comportamiento de algunos actores tiende a ser representado como un minué o una comedia de enredos entre las elites partidarias —e incluso, de individuos—²³ en descuido de estructuras más profundas,

²³ Jozami (2004:141) hace referencia a la analogía de Trotsky sobre las tres grandes revoluciones de la modernidad —la inglesa, la francesa y la rusa— y el rol de los respectivos liderazgos en ellas (Carlos I, Luis XVI y Nicolás II), comparando los tres casos con la ineptitud y debilidad de De la Rúa. Un señalamiento similar se puede encontrar en Fernández Meijide (2007:226). También se ha puesto en duda la «salud mental» de Cavallo. Ver Tenenbaum (2004:200-201).

como puede ser el terreno económico, el internacional o la acción condicionante de otros actores sociopolíticos.

Con respecto al rol ocupado por el peronismo, el tipo de explicación más bien apela a una clave casi metafísica, en el cual este es un partido que no sabe ocupar un rol por fuera del gobierno central (Acuña, 2008). Así, según el tipo de mirada que responsabiliza al peronismo por lo ocurrido en 2001, hay tres elementos sobre los que se lo acusa. El primero es el de haber tenido un manejo fiscal irresponsable en las provincias donde gobernaba y el de haber emitido las cuasi-monedas o bonos provinciales, lo que obligaba al gobierno central a asistirlos permanentemente. Esto fue muy notorio, según esta visión, en la provincia de Buenos Aires y en el estado patrimonial de su banco provincial.²⁴ En segundo lugar, se lo acusa de haber sido una «oposición destructiva» en el Parlamento, sobre todo en el Senado, donde tenía mayoría y quórum propio. Por ejemplo, se ha destacado:

...junto con un sistema electoral que sobre-representa las provincias en las que el voto del PJ está concentrado, esta ventaja comparativa en el acceso y uso de los recursos públicos consolida el control peronista sobre la mayoría de las provincia y municipios aun cuando los no-peronistas controlan la presidencia. Como resultado, los presidentes no peronistas tienen a enfrentar bloqueos políticos y débiles coaliciones de apoyo cuando esto se combina con la mayor capacidad del peronismo para controlar la movilización social, se explica por qué los presidentes no-peronistas no finalizan sus mandatos (Calvo y Murillo, 2005:208).

Por último, se acusa al peronismo, sobre todo al poder bonaerense de Duhalde y Rucakuf, de haber orquestado un «golpe institucional» contra el gobierno de la Alianza, siendo el responsable de los saqueos que le pusieron fin; el principal argumento de esto es que, una vez caído De la Rúa, los saqueos terminaron inmediatamente, lo cual señalaría que no fueron provocados por «el hambre», puesto que era imposible que terminara solo con su renuncia.²⁵ Sin embargo, estos tres elementos no parecen ser muy acertados en varios sentidos. Con respecto al primer punto, no es fácil respaldar lo que se imputa, puesto que los déficits provinciales de las provincias peronistas no fueron mayores a los de las provincias gobernadas por el radicalismo y tampoco los déficits estuvieron alejados de los valores que tuvieron durante el gobierno de Menem o, incluso, del registrado por el mismo gobierno de la Alianza. En muchos casos, paradójicamente, los déficits provinciales

²⁴ Ver un trabajo donde se repasa y desmiente puntillosamente estas acusaciones (Sosa, 2003).

²⁵ Ver por ejemplo, «De la Rúa: Aznar me avisó que Duhalde le anticipó que sería presidente cuatro meses antes de mi renuncia» *Perfil* (27/05/2007). Curiosamente, en la causa judicial que investigó la existencia de un «complot» contra De la Rúa, varios miembros del gabinete de la Alianza (como Bullrich y Cavallo) señalaron a Alfonsín y otros miembros de la UCR como los artífices del mismo. Ver «Causa 348/2002: N.N. s/ infracción ley 23.077», Fjs. 475-478 y 554-556; también Zicari (2016a).

se debieron a la falta de los fondos enviados desde el poder central y los sucesivos recortes que este aplicó (algo recurrente durante 2001). Como a su vez, la emisión de las cuasimonedas (realiza por provincias peronistas como radicales), tan criticada en su momento, sirvió para evitar que la recesión fuera todavía mayor (ya que evitó recortes mayúsculos) y fue una medida imitada, irónicamente, también por la Alianza a nivel nacional con los Lecops. El segundo punto también es problemático, puesto que un estudio de *la tasa de aprobación parlamentaria* de las medidas solicitadas por el Ejecutivo durante el gobierno de la Alianza, verifica que esta no fue baja si se considera el tipo de composición del Congreso. Por ejemplo, los dos últimos años de mandatos de Alfonsín y Menem tuvieron tasas de 33,66 por ciento y 39,63 por ciento, respectivamente, cuando la Alianza tuvo 38,75 por ciento en condiciones similares (Calvo, 2013: 417). Por su parte, es preciso recordar que el peronismo prestó el quórum y su apoyo a muchas leyes, aún a las menos convenientes a sus intereses (como los recortes en las asignaciones de la coparticipación provincial) o a las más polémicas (como la ley de reforma laboral, el déficit cero, los «superpoderes» de Cavallo o el estado de sitio).

Finalmente, el tercer punto, el que acusa al peronismo por los saqueos, es un punto sin dudas problemático, porque los saqueos, valga la pena recordarlo, se iniciaron en provincias radicales: primero en Mendoza (el jueves 13) y luego en Entre Ríos (el sábado 15), y no tuvieron lugar en otras provincias, aún las peronistas, por más intentos que se hubieran realizado (como en Santa Fe o la misma Buenos Aires hasta antes del día 19). También vale pena recordar que estos no terminaron con la renuncia de De la Rúa, sino que continuaron durante todo 2002 y una parte de 2003, en municipios y provincias tanto del peronismo como del radicalismo (e incluso se produjeron también en Uruguay), señalando que son un fenómeno mucho más complejo y difícil de explicar que la simple «orquestración», sino que parecen ser una forma de protesta y lucha popular más que la simple manipulación política. Es decir, es necesario tener presente que no es suficiente «liberar zonas» para derribar un gobierno y tampoco para producir sucesos como los de diciembre de 2001;²⁶ hay principios de acción sociológica, política e histórica que escapan a los aparatos partidarios y que no pueden ser reducidos a estos.²⁷ Por último, debemos decir que el peronismo no fue el principal culpable de varios de los sucesos que hicieron que la Alianza dilapidara su capital político y que su gobierno colapsara, sino que fue responsabilidad de la propia Alianza: la renuncia de Álvarez, el mal manejo con respecto a las sospechas de sobornos en el Senado, la variada gama de ajustes propuestos por la Alianza,

²⁶ Por ejemplo, Menem sufrió saqueos en enero y febrero de 1990 (en provincias gobernadas por el peronismo) y eso no implicó poner fin a su mandato, sino que incluso, luego de ello, logró gobernar durante diez años más.

²⁷ Los argumentos para desmentir que los saqueos fueron armados se pueden encontrar en Zicari (2018).

la brutal derrota electoral en octubre de 2001 con el «voto bronca» o la implantación del corralito. El peronismo, por supuesto, fue un actor fundamental del proceso, y por ende tiene responsabilidades, pero no por ello estas últimas deben exagerarse.

Un séptimo tipo de explicación, más que detenerse en analizar a los diferentes actores sociales en particular, lo que señala es que el tipo de vinculación que los mismos pueden ofrecer se encuentra *institucionalmente* mal fundada a nivel de base, por lo cual, no es de extrañar que sucesos como los de 2001 ocurran. En efecto, hay una serie de trabajos que, desde la ciencia política institucionalista y el derecho, responsabilizan a la arquitectura institucional argentina por la crisis, indicando que hay varios elementos que impiden una acción gubernamental eficaz. Por un lado, estas miradas indican que, en el juego político, con un sistema presidencial, bicameral y de numerosos gobernadores provinciales, se induce a la fragmentación y se multiplican las formas de veto para las decisiones. Así, bajo esta lógica, el tipo de instituciones políticas y fiscales federales no sólo otorga demasiados factores de constreñimiento que impiden consensos, sino que induce al cortoplacismo como «estrategia natural», diluye las responsabilidades y le quita incentivos al trabajo colaborativo, solo sujeto al «intercambio miope y oportunista de dinero por votos» en el Parlamento (Tommasi, 2002: 14-16). Por lo que, en general, se tiende a imponer como meta y regla de política institucional «el juego de la gallina», en el cual ningún actor se muestra dispuesto a ceder, dado que «otro rescate del FMI era una expectativa de rutina», alentando a que ningún grupo preste atención «a las consecuencias globales de largo plazo» de sus acciones (Waisman, 2003: 222-223). A su vez, con esta debilidad institucional, traducida en una también baja rendición de cuentas gubernamental (*accountability*), se favorece la existencia de corrupción, el clientelismo y colusión de intereses públicos y privados, lo que mina la confianza externa para obtener financiamiento, ya que hay actores institucionales, como los gobernadores provinciales, con la «envidiable posición de no tener responsabilidades por la recaudación de una parte muy importante del ingreso que gastan» (Waisman, 2003: 223-224). Es decir, hay un desacople fundamental entre gasto, responsabilidades y capacidad institucional para poner obstáculos. Todo estos factores, en una coyuntura recesiva que tendió a reducir la recaudación fiscal, y por ende el «botín a repartir», terminó siendo explosiva dada la dinámica institucional, considerando sobre todo que la Alianza no contaba con el control del Congreso.²⁸ Ahora bien, el problema básico de este tipo de visiones es que, más que explicar una crisis excepcional como la de 2001, lo que deberían hacer es fundamentar por qué las crisis no son la regla, no sólo en la Argentina, sino en el mundo, porque todas las Repúblicas, democracias y países federales

²⁸ Estas visiones también se encuentran en Faucher y Armijo, 2003 y Manzetti (2003).

cuentan con múltiples actores de veto, controles cruzados así como instituciones similares a las argentinas. Es decir, si la base institucional y sus reglas fueron un problema que convirtió a la crisis en algo inevitable, no se entiende, entonces, por qué hay mandatarios que pueden finalizar sus gobiernos, evitan los desbordes —aún en recesión— o son revalidados con los votos, como también no explican por qué habría mandatarios interesados en lograr superávits fiscales y no toman deuda aún cuando pudieran. Con lo cual, al abordar sólo elementos de arquitectura institucional parecen que analizan estructuras sin historia, en una pesadilla determinista sin escapatoria.

En una dirección diferente a las anteriores, y en octavo lugar, están las interpretaciones que abordan al 2001 no tanto por los elementos y actores previos, sino por las subjetividades y nuevas formas de acción colectiva que emergieron de ese proceso. En este caso, nos referimos a la gran cantidad de autores y publicaciones que han intentado trabajar el complejo campo de las «clases medias». En efecto, a pesar de las diferentes definiciones y formas de aproximarse al problema de los llamados estratos medios urbanos, en varios marcos analíticos se ha puesto un especial esfuerzo por entender al 2001 como una suerte de «17 de octubre de la clase media» (Adamovsky, 2012), es decir, un suceso donde el protagonista excluyente fue, no ya la clase obrera tradicional como en 1945, sino los grupos medios. De esta manera, los cacerolazos previos y posteriores al 2001, la crisis de la empresa *Aerolíneas Argentinas*, la desilusión de recambio político que representó la Alianza, la pauperización de los ingresos, la falta de transparencia de «los políticos», el «voto bronca», así como los fenómenos asamblearios después de la caída de la Alianza se convirtieron en una de las principales líneas de investigación sobre el periodo. Es esto lo que han tratado de abordar al estudiar fenómenos nuevos como «el que se vayan todos», el movimiento de protesta de los ahorristas o el grito de alianza policlasista de «piquete y cacerola, la lucha es una sola» (Falleti, 2012; Barros, 2005; López y Romero, 2005; Minujin y Anguita, 2004; Icart y Schilman 2005; Wortman *et al*, 2003). Si bien esta línea de investigación, sin duda, es imprescindible y ha generado mucho interés, también es cierto que no ha logrado evadirse de dos importantes problemas. El primero es de tipo teórico, ya que en ningún caso se logra formar una definición o conceptualización robusta de la insalvable categoría de «clases medias». El segundo es empírico, porque no logra ser claro, aún cuando se acepte alguna definición de «la clase media», cómo distinguir a esta «nueva subjetividad social» de otras, sus combinaciones o siquiera entenderla como un actor homogéneo o plenamente constituido. No se vislumbran las diferencias nítidas que tuvo «la clase media» de otros estratos sociales o grupos con respecto a las que, se atribuye, fueron las características que la identificaban («voto bronca», «asambleas barriales», unirse tras el «que se vayan todos»), ya que grupos obreros u otros de bajos y hasta

de altos ingresos actuaron de forma similar, como tampoco logra esbozarse un marco explicativo que justifique por sí mismo porqué las clases medias fueron el actor excluyente durante el proceso de la crisis (periodización, objetivos, formas de intervención, porqué su protagonismo fue tan acotado en el tiempo, etc.) sin entrelazar su vínculo con otros grupos y porqué, igualmente, perdieron relevancia posteriormente como «subjetividad».

Otro tipo de marco interpretativo que se ha presentado para entender 2001 es aquél que ha intentado verlo como un proceso plenamente histórico. En este caso, la lógica propuesta no apela a un actor o estructura determinante, sino al tipo de secuencias surgidas por las decisiones tomadas y sus efectos, creando en cada caso procesos *sui generis*, y que fueron, en última instancia, los que actuaron compositivamente en una continuidad compleja y múltiple. La tesis básica de este tipo de miradas podría resumirse en afirmar que cuando la Alianza asumió, en diciembre de 1999, no estaba escrita —de ningún modo— la explosión de diciembre de 2001, sino que fue la acción de sucesos contingentes, de derivaciones inesperadas —propias de la intervención de múltiples sujetos a la vez— y que repercutieron en diversos planos de manera desigual y combinada, los que conformaron la crisis. Con lo cual, en lo que se pone foco es, así, en la mutua interacción entre escenarios —las condiciones contextuales— y los actores —un multifacético aquelarre de grupos—, como a las decisiones, consecuencias y recursos desplegados en cada caso. Por lo que no hay ningún determinante principal, sino una lógica colectiva historizada, que terminó por diluir el consenso social y debilitar la capacidad de control del gobierno, tanto en el plano económico como político, señalando una larga lista de actores y eventos que se resolvieron de un modo, pero que podrían haberse resuelto de otro, entendiendo a la historia como una red y no como un sendero de vía única. Por ejemplo, se señala:

El vicepresidente podría no haber renunciado, o podría haberlo hecho sin conservar a su partido dentro de la Alianza, pero optó, aferrado a su disposición —aunque decreciente— a cooperar con el presidente, por retirarse de manera ambigua y por continuar trabajando para influir sobre la marcha del gobierno, con lo cual reforzó la percepción presidencial de que operaba para reducir su poder y las expectativas negativas de la opinión pública, los actores financieros y los propios dirigentes políticos, acerca de la marcha del gobierno (Bonvecchi, 2006:533).

Del mismo modo, se señala que la Alianza podría haber diseñado un primer plan fiscal que no cortara la incipiente recuperación en curso, que podría no haber tenido, durante marzo de 2001, tres ministros de economía (puesto que esto hizo subir mucho el riesgo país por la desconfianza) o, por ejemplo, se podrían haber manejado de otro modo los «rumores anti-inversores» (temores ante la «convertibilidad ampliada» de Cavallo, la

internación de De la Rúa en julio, los dichos de Alfonsín sobre dejar de pagar la deuda, etc.), que sumaron debilidad política y económica, conjugando distintos tipos de situaciones que fueron los que construyeron la crisis (Gervasoni, 2003). Igualmente, a pesar del enorme cuidado que guarda este tipo de interpretación por no caer en determinismos y de señalar siempre las alternativas posibles de los diferentes momentos que constituyeron la crisis, hay dos puntos que son descuidados con mucha facilidad. El primero, es que, al esforzarse enormemente por presentar al proceso como un «campo abierto», la visión que se termina por dibujar de 2001 resulta demasiado libre, sin considerar los duros problemas estructurales que hicieron cada vez más estrecho el margen de acción para evitar el colapso final; si bien ningún proceso histórico nace ya determinado y totalmente cerrado, no son posibles de negar tampoco los condicionamientos con los que cuenta y que estos autores parecen no considerar. En segundo lugar, quienes adscriben a este tipo de explicaciones, a pesar de buscar presentar las opciones barajas por varios actores del proceso, en ningún caso consideran la capacidad de acción de los grupos por fuera de las elites gubernamentales o económicas —como pueden ser los piqueteros, los grupos medios, los sindicatos, etc.—, los cuales tuvieron un rol fundamental en los sucesos del 2001, lo cual termina por empobrecer sus planteos.

Finalmente, el décimo tipo de explicación sociopolítica de la crisis es aquella que ha apelado a entender al 2001 argentino como una «crisis de hegemonía». En efecto, para varios analistas la crisis que culminó con la renuncia de De la Rúa debe explicarse en términos principalmente políticos, es decir, en función de las relaciones de poder y conflicto que establecieron los distintos grupos y clases entre sí, recurriendo, en este caso, generalmente a la terminología gramsciana para hablar de una «crisis orgánica». Para estos autores, lo que fue un exitoso tipo de reconstrucción hegemónica por parte del menemismo había entrado en un progresivo proceso de debilitamiento al asumir la Alianza (por ejemplo, con el incremento de la protesta piquetera, la ruptura del bloque del capital concentrado, las mayores dificultades para obtener el financiamiento externo, la pérdida de la eficacia disciplinante del discurso neoliberal, etc.), existiendo fuertes contradicciones estructurales que impedían dar respuestas eficaces para detener dichos debilitamientos, especialmente por el agotamiento de la convertibilidad y del tipo de régimen de acumulación ligado a ella.²⁹ Sin embargo, las diferentes crisis parciales en los subniveles del sistema hegemónico (régimen

²⁹ Por ejemplo, se explica: «Era inherente al nuevo modelo de acumulación una contradicción entre las necesidades del proceso de valorización y las necesidades de legitimación de este. Esta contradicción tendió a resolverse por medio de mecanismos coercitivos de producción de consenso negativo (amenaza hiperinflacionaria, fragmentación de la clase obrera, alto desempleo), que dio lugar a lo que denominamos una hegemonía débil. Desde este punto de vista, diciembre de 2001 debe entenderse como el estallido de esa contradicción que solo puede explicarse por el fracaso de los mecanismos coercitivos» (Piva, 2007:75-76).

político, régimen de acumulación, régimen institucional, etc.), sumados al crecimiento de la intensidad de la beligerancia de los actores para defender sus propios intereses (clases subalternas, clase política, corporaciones empresariales, etc.), marcaron una fragmentación muy rápida del orden dominante, potenciando lo sucedido en un plano para afectar a los otros (lo económico, lo político, lo social, lo externo, lo institucional, etc.). De este modo, se estableció una situación cada vez más descontrolada que retroalimentó la confrontación y disolvió la legitimidad del orden social, llevando a una pérdida total del consenso hasta entonces logrado, expresado esto en la feroz crisis del Estado, garante último del orden social imperante. Es decir, se produjo una clara y acelerada disolución de la dominación existente, lo que suelen llamar una «descomposición hegemónica», en pos de un conflicto político creciente y cada vez menos manejable. De allí que las impugnaciones de los sectores populares ganaran peso, la pérdida de legitimidad del sistema se agudizara (discurso anti-político, «voto bronca», el grito de «que se vayan todos») y la capacidad gubernamental de dar respuestas que compatibilizaran los distintos intereses en disputa se esfumara, creando una situación lista para estallar. Es ello lo que ocurrió en diciembre de 2001, cuando el cóctel fatal de conflictos entre los distintos subniveles del sistema de dominación hegemónica explotó, dejando como saldo una crisis de gobernabilidad sin precedentes y la «tarea» de replantear hacia el futuro un nuevo sistema hegemónico.³⁰

De esta manera, y para resumir todas las interpretaciones repasadas, vemos que se ubica a una gran multiplicidad de actores y de lógicas colectivas para entender los conflictos centrales de 2001: desde los problemas de liderazgo en la Alianza hasta el comportamiento del FMI y la política exterior norteamericana, pasando por los sectores medios, el quiebre en los grupos económicos concentrados hasta la dinámica interna del peronismo y de las clases subalternas, sin dejar de lado el modo de vinculación institucional e histórica que conjugaba a los actores, así como también el conflicto político que los entrelazó a todos ellos. Es decir, notamos tipos de explicaciones bien distintas a aquellas que solo abordan el terreno económico, para darles un protagonismo excluyente a los actores sociopolíticos como principales motores de la crisis. Así, si pensamos el delicado terreno económico e internacional del periodo y lo complementamos con aquella famosa afirmación de Marx de que los hombres son los que hacen la historia, pero no bajo el modo ni las circunstancias elegidas por ellos, sino en circunstancias complejas que los exceden, podemos volver a lanzar nuevas preguntas sobre los tipos de vinculación entre los terrenos que constituyen nuestro pasado y, con ello, problematizar mejor nuestro presente.

³⁰ Este tipo de explicaciones puede encontrarse en Bonnet (2008), Cantamutto y Wainer (2013), y Pucciarelli y Castellani (2014).

Conclusión. Un balance crítico para el 2001 argentino

Todo lo grande, está en medio de la tempestad

Martín Heidegger

A lo largo de este artículo hemos intentado reconstruir las principales miradas y matrices analíticas que se han ofrecido sobre el 2001 argentino, presentado sus argumentos y premisas, como a su vez intentado problematizar algunos de los elementos puestos en discusión. Sin duda, la crisis de 2001 fue un proceso complejo y variado que no abarcó un solo nivel, ni tuvo, mucho menos, un solo determinante, a pesar de que, como hemos visto, hay varios autores que se empeñan en explicar 2001 de modo mono-causal. La caracterización de la crisis abarcó una larga serie de formas y definiciones sobre la misma: como una «crisis fiscal», una «crisis institucional», una «crisis de acumulación», una «crisis bancaria», una «crisis política» (hegemónica/orgánica), una «crisis externa», una «crisis cambiaria», una «crisis de gobernanza», una «crisis estructural», una «crisis del modelo», una «crisis de expectativas», una «crisis de coyuntura», etc. El proceso, según repasamos, presentó explicaciones dispares y de todo tipo, pero que, creemos, deben esforzarse más por escapar de las dicotomías simples como estructura y coyuntura, interno y externo, «arriba» y «abajo», o problemas económicos versus problemas políticos. A su vez, también se hizo mención a diversos ciclos históricos, algunos que emparentan 2001 con la Revolución de Mayo de 1810, el golpe de 1976, las reformas iniciadas en 1989, hasta otras que simplemente señalan una mala coyuntura iniciada en 1998. En este sentido, la tarea de pensar la historia, si bien puede facilitarse al recurrir a modelos y esquemas, no puede resumirse solo a eso, sino que es necesario entenderla como la compleja combinación de variadas dimensiones de una misma realidad social multifacética. Por tanto, no pueden admitirse solo los determinismos, como tampoco las propuestas que diluyen los ciclos de media y larga duración, ni tampoco a aquellos que descuidan las estructuras sociales más profundas o la propia fuerza intempestiva de la historia.

Las crisis, en ciencias sociales en general, suelen ser un terreno sumamente fértil, no sólo para evaluar los marcos teóricos o epistemológicos, sino también porque ponen al desnudo la emergencia de fenómenos, procesos o actores que, aunque no hayan tenido mucha visibilidad de manera previa a que se desataran los grandes conflictos, pueden ganar un peso fundamental al conjugarse con otras lógicas en contextos sumamente cambiantes. Por ejemplo, durante la Revolución Mexicana de 1911 las elites descuidaron casi totalmente el poder y las capacidades que pudieran tener los campesinos al inicio de la misma, sin embargo, estos terminaron por volverse las fuerzas principales y quienes dieron la identidad característica al proceso, ya que los mecanismos de pertenencia de las comunidades campesinas contaron con un poder que había permanecido invisibilizado hasta entonces.

Así, en muchos casos, las crisis pueden terminar por cristalizar fuerzas no advertidas y desatar procesos inesperados, en los cuales ocurren acontecimientos sin historia, puesto que no son posibles de prever y que implican dislocaciones temporales, produciendo cortes abruptos y cambios extemporáneos en las relaciones de fuerza y en las dinámicas previas. Por ello, los años de penuria son momentos en los que todo lo que se creía sólido se desvanece en el aire y también son tiempos de reacomodos en los que nacen nuevos vientos. De allí, que es necesario entender al 2001 argentino como un proceso que diluye los marcos disciplinarios tradicionales y fuerza a pensar las formas de conjugación histórica más allá de los mismos. En cualquier proceso se entrelazan, al punto de ya no poder distinguir entre un nivel y otro, los imaginarios, la estructura social, la economía, los acontecimientos políticos y las ideas, porque, por definición, la historia articula todas las dimensiones, sus secuencias y ciclos. Una crisis tan profunda como la de 2001, entonces, con todas sus marcas y problemas, de ningún modo debe ser reducida sólo a una de sus dimensiones, sino al contrario. Al abrir, complejizar y contextualizar su curso, tendremos una mejor comprensión del proceso y, con eso, un mejor entendimiento de cómo opera la fuerza de lo histórico-social.

Referencias bibliográficas

- Acuña, Miguel** (2008). *El corralito populista. De Perón a los Kirchner*. Buenos Aires, Emecé.
- Albrieu, Ramio y José Fanelli** (2008). «¿Stop-and-go o go-and-fail? Sobre aceleraciones, crisis e instituciones en la Argentina», *Desarrollo Económico* n° 170.
- Altamira, Jorge** (2002). *El Argentinazo. El presente como historia*. Buenos Aires, Ediciones Rumbos.
- Arisó, Guillermo y Gabriel Jacobo** (2002). *El golpe S.A. La guerra de intereses que estallo en el 2001 y dejó al país en ruinas*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Armagno, Daniel y García Fronti** (2004). «Monitoreo bancario. Impacto de utilizar alerta temprana en la función de peritada del Banco Central. Caso Argentina 2001» en AA. VV., *Aspectos financieros de la crisis argentina 2001*. Buenos Aires, Omicron System.
- Aronskind, Ricardo** (2007). *Riesgo País. La jerga financiera como mecanismo de poder*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Aronskind, Ricardo y Jorge Schvarzer** (2002). «Perspectivas para la economía argentina hacia el 2012. Miradas (ortodoxas) antes del derrumbe», *Cespa, Nota Técnica* n° 14.
- Artana, Daniel, Ricardo López Murphy y Fernando Navajas** (2004). «La crisis económica argentina» en Daniel Artana y James Dorn, comps., *Crisis financieras internacionales- ¿Qué rol le corresponde al gobierno?* Buenos Aires, Fiel.
- Azpiazu, Daniel**, comp. (2002). *Privatizaciones y poder económico. La consolidación de una sociedad excluyente*. Buenos Aires, UNQ.
- Barros, Rodolfo** (2005). *Fuimos. Aventuras y desventuras de la clase media*. Buenos Aires, Aguilar.
- Basualdo, Eduardo** (2003). «Las reformas estructurales y el Plan de Convertibilidad durante la década de los noventa. El auge y la crisis de la valorización financiera», *Realidad Económica* n° 200.

- Basualdo, Eduardo** (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Becker, Joachim** (2003). «La reciente crisis financiera en Argentina, Brasil y Uruguay. Análisis comparativo». Montevideo, D3e.
- Bonasso, Miguel** (2002). *El palacio y la calle. Crónicas de insurgentes y conspiradores*. Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Bonnet, Alberto** (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Bonvecchi, Alejandro** (2006). «Determinismo y contingencia en las interpretaciones políticas de la crisis argentina», *Revista SAAP*, vol. 2, n° 3, pp. 509 - 536.
- Boyer, Robert y Julio C. Neffa** (2004). «La crisis argentina (1976-2001): lecturas institucionalistas y regulacionistas» en Robert Boyer y Julio C. Neffa, coord., *La economía argentina y su crisis (1976-2001): visiones institucionalistas y regulacionistas*. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Brenta, Noemí** (2004). «Las propuestas de dolarización en América Latina: rol del FMI, EE.UU. y los think tanks en los años '90», *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, vol. XIV, n° 27.
- Brenta, Noemí** (2008). *Argentina atrapada. Historia de las relaciones con el FMI: 1956-2006*. Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.
- Calvo, E.** (2013). «El Congreso de la democracia: mayorías y consensos», *Revista SAAP*, vol. 7 n° 2.
- Calvo, G., A. Izquierdo y E. Talvi** (2002). «Sudden Stops, the real exchange rate and fiscal sustainability: Argentina's lessons». Washington, BID.
- Calvo, Guillermo** (2003). «La crisis argentina: una explicación» en C. Bruno y D. Chudnovsky, comp., *¿Por qué sucedió? Las causas económicas de la reciente crisis argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Camarasa, Jorge** (2002). *Días de furia. Historia oculta de la Argentina desde la caída de De la Rúa hasta la asunción de Duhalde*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Cantamutto, Francisco y Andrés Wainer** (2013). *Economía política de la convertibilidad. Disputa de intereses y cambio de régimen*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Castellani, A. y M. Schorr** (2004). «Argentina: convertibilidad, crisis de acumulación y disputas en el interior del bloque de poder económico», *Cuadernos del Cendes*, n° 57, Caracas.
- Castellani, A. y M. Szkolnik** (2011). «'Devaluacionistas' y 'dolarizadores'. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la convertibilidad. Argentina 1999-2001», *Documentos de Investigación Social*, n° 18.
- Chudnovsky, D.** (2004). «La larga gestación de la reciente crisis argentina» en Robert Boyer y Julio C. Neffa, coords., *La economía argentina y su crisis (1976-2001): visiones institucionalistas y regulacionistas*. Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.
- CTA** (2003). *El desmantelamiento del modelo neoliberal y la construcción de una alternativa. Un examen en base a la presente coyuntura*. Buenos Aires, CTA.
- Cavallo, Domingo** (2002). «Para los devalúo-maniacos la convertibilidad es el origen de todos nuestros males» en cavallo.com.ar [consultado el 26-05-2007].
- Dal Borgo, Guillermo** (2004). «La salida de la convertibilidad en Argentina. Expectativas autovalidadas y cambio de régimen». Tesis de licenciatura FCE-UBA.

- Damill, Mario** (2000). *El balance de pagos y la deuda externa pública bajo la convertibilidad*. Santiago de Chile, Cepal.
- Damill, Mario, Roberto Frenkel y Luciana Juvenal** (2003). «Las cuentas públicas y la crisis de la convertibilidad en la Argentina», *Desarrollo Económico*, n° 170.
- Damill, Mario, Roberto Frenkel y Martín Rapetti** (2005). *La deuda argentina: historia, default y reestructuración*. Buenos Aires, Cedes.
- De Beaufort Wijnholds, J.** (2003). «The Argentine Drama: a view from the IMF board» en *Globalization*. La Haya, Fondad.
- Degiusti, Danilo** (2010). «De la Rúa: Un liderazgo débil en tiempos de crisis (1999-2001)», *Revista de Ciencia Política* n° 11. Buenos Aires.
- Di Matteo, Lucio** (2011). *El corralito. Así se gestó la mayor estafa de la historia argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Di Mauro, José** (2003). *¿Qué se vayan todos? Crónica del derrumbe político*. Buenos Aires, Corregidor.
- Falleti, Valeria** (2012). *Movilización y protesta de las clases medias argentinas. Cacerolazo y asambleas barriales*. México D. F., Clacso.
- Faucher, Phillipe y Leslie Armijo** (2003). «Corrency crises and decisionmaking frameworks: the politics of bouncing bank in Argentina y Brazil». XXIV Latin American studies Association Congress, Dallas.
- Fernández Meijide, Graciela** (2007). *La ilusión. El fracaso de la Alianza visto por dentro*. Buenos Aires Editorial Sudamericana.
- FMI** (2004). «Report on the evaluation of the role of IMF in Argentina, 1991-2001». Washington, FMI
- FMI** (2006). «Vanishing contagion?». Washington, FMI.
- Francés Verlini, Ana** (2004). «¿Problemas de liquidez o problemas de solvencia? Un análisis de las causas de las corridas bancarias en Argentina durante el año 2001». Tesis de licenciatura FCE-UBA.
- Gaggero, Alejandro y Alejandro Wainer** (2004). «Crisis de la convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio», *Realidad Económica*, n° 204.
- Gaggero, Jorge** (2004). «La cuestión fiscal bajo el régimen de convertibilidad (Argentina 1991-2001)», *Realidad Económica* n° 207.
- Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach** (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires, Ariel Sociedad Económica, Segunda Ed. (2005).
- Gervasoni, Carlos** (2003). «¿Son las crisis políticas causa de las crisis financieras? Evidencias del gobierno de la Alianza (1999-2001)», *PostData* n° 9.
- González Fraga, Javier** (2003). «La convertibilidad: la causa bancaria de la crisis» en Juan Carlos Sánchez Arnau, ed., *Crisis económicas y políticas públicas. Las experiencias de Rusia y Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Gordillo, Mónica** (2010). *Piquetes y cacerolas. El Argentinazo de 2001*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- Hausmann, R. y A. Velasco** (2002). «Hard money's soft underbelly: understanding the Argentine crisis». Kennedy School of Government, Harvard University
- Hecker, Cristian** (2004). «Deuda pública argentina hasta 2001: ¿activo de riesgo por cuestiones fiscales o convertida en activo de riesgo como consecuencia de la falta de adopción de ciertas medidas necesarias, de carácter no fiscal?». Tesis de licenciatura, FCE, UBA.
- Heymann, Daniel, Sebastián Galiani y Mariano Tomassi** (2003). *Expectativas frustradas: el ciclo de la convertibilidad*. Santiago de Chile, Cepal.

Icart, Ignasi y Fernanda Schilman (2005). *Convivir con el capital financiero: corralito y movimientos ahorristas*. Madrid, Editorial Fundamentos.

Iñigo Carrera, Nicolás y María Cotarelo (2004). «Genesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina», en Gerardo Caetano, comp., *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. Buenos Aires, Clacso Libros.

Jozami, Eduardo (2004). *Final sin gloria. Un balance del Frepaso y de la Alianza*. Buenos Aires, Biblos.

Kan, Julián (2009). «Vuelta previa al 2001. La devaluación del real de 1999 y algunas implicancias en la economía argentina» en Alberto Bonnet y Adrián Piva, comp., *Argentina en pedazos. Luchas sociales y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*. Buenos Aires, Ediciones Continente.

Krueger, A. (2002). «Crisis prevention and resolution: lessons from Argentina». Washington, Nber.

López, Artemio y Martín Romero (2005). *La declinación de la clase media argentina. Transformaciones en la estructura social (1974-2004)*. Buenos Aires, Libros de eQuis.

López, Daniel, D. Chudnovsky y G. Putato (2003). «Las recientes crisis sistémicas en países emergentes: las peculiaridades del caso argentino» en C. Bruno y D. Chudnovsky, comp., *¿Por qué sucedió? Las causas económicas de la reciente crisis argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Manzetti, Luigi (2003). «Political manipulations and market reform failures», *World politics*, vol. 55 n° 3.

Massot, Vicente (2002). «La encrucijada argentina», *Revista de Occidente*, n° 251.

Meltzer, Allan (2003). «Lecciones de la Argentina y Brasil» en Daniel Artana y James Dorn, comp., *Crisis financieras internacionales- ¿Qué rol le corresponde al gobierno?* Buenos Aires, Fiel.

Minujin, A. y E. Anguita (2004). *La clase media. Seducida y abandonada*. Buenos Aires, Edhasa.

Mocca, Edgardo (2002). «Defensa de la política (en tiempos de crisis)» en Marcos Novaro, comp., *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

Muscchio, Andrés (2009). «Oscilaciones cíclicas de la economía argentina en las últimas dos décadas», *Problemas del Desarrollo*, n° 159.

Mussa, Michael (2002). *Argentina y el FMI. Del triunfo a la tragedia*. Buenos Aires, Planeta.

Nabot, Damián (2011). *Dos semanas, cinco presidentes. Diciembre de 2001: la historia secreta*. Buenos Aires, Aguilar.

Novaro, Marcos (2002). «La Alianza, de la gloria del llano a la debacle del gobierno» en Marcos Novaro, comp., *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

Ocampo, José (2003). «The mistaken assumptions of the IMF» en J. Teunissen y A. Akkerman, ed., *The crisis that was not prevented. Lessons for Argentina, the IMF and globalization*. La Haya, Fondad.

Ollier, María (2001). *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*. Buenos Aires, EFE.

Oviedo, Luis (2004). *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras coordinadoras al Argentínazo*. Buenos Aires, Ediciones Rumbos.

Perry, G. y Servén, L. (2002). «La anatomía de una crisis múltiple: qué tenía Argentina de especial y qué podemos aprender de ella», *Desarrollo Económico*, n° 167

Piva, Adrián (2007). «Acumulación de capital y hegemonía débil en la Argentina (1989-2001)», *Realidad Económica* n° 225.

Plan Fénix (2002). *Hacia el Plan Fénix. Una alternativa económica*. Buenos Aires, Prometeo Libros

- Plan Fénix** (2004). *Sociedad y deuda externa*. Buenos Aires, FCE.
- Pucciarelli, Alfredo** y **Ana Castellani** (2014). «Los años de la Alianza: transformación de la crisis de acumulación en crisis orgánica» en Alfredo Pucciarelli, coord., *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Rosnick, David** y **Mark Weisbrot** (2007). «¿Pronóstico político? Las desacertadas proyecciones del FMI sobre el crecimiento económico en Argentina y en Venezuela», *Cuadernos del Cendes*, n° 65, Caracas.
- Sainz de Aja, Pablo** (2003). «Flujo de capitales externos y expectativas en Argentina». Tesis de licenciatura, FCE, UBA.
- Sánchez, Carlos** (2003). «Recesión y crisis en la economía argentina. Cómo superarlas» en Juan Carlos Sánchez, ed., *Crisis económicas y políticas públicas. Las experiencias de Rusia y Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Sartelli, Eduardo** (2003). *La plaza es nuestra. El Argentinazo a la luz de la lucha de la clase obrera en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Ediciones RYR, [2da. Ed., 2005].
- Schorr, Martín** (2001). «¿Atrapados sin salida? La crisis de la convertibilidad y las contradicciones en el bloque del poder económico». Buenos Aires, Flacso.
- Schvarzer, Jorge** (2002). *Convertibilidad y deuda externa*. Buenos Aires, Eudeba.
- Serafero, Mario** (2002). «Argentina: rebelión en el granero del mundo», *Revista de Occidente*, n° 251.
- Sosa, Daniel** (2003). *El Provincia. Quiénes y cómo jugaron sucio contra el banco sobreviviente a la ola privatizadora*. Buenos Aires, Altamira.
- Stiglitz, J.** (2002). «Argentina, shortchanged. Why the nation tha followed the rules fell to pieces». *Washington Post* (12/05/2002).
- Tenembaun, Ernesto** (2004). *Enemigos. Argentina y el FMI: la apasionante discusión entre un periodista y uno de los hombres clave del Fondo en los noventa*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Tommasi, Mariano** (2002). *Crisis, política institutions and policy reform. The good, the bad and the ugly*. Buenos Aires, Universidad de San Andres.
- Waisman, C.** (2003). «El default argentino: sus causas institucionales», *Política y gobierno*, vol. 10, n° 1.
- Wortman, Ana** et al. (2003) *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires, La Crujía.
- Zicari, Julián** (2014a). «El réquiem del uno a uno. Tres corridas bancarias y la instauración del corralito en el final de la convertibilidad», *Realidad Económica* n° 281.
- Zicari, Julián** (2014b). «Ajuste estatal sin equilibrio político. La gestión de López Murphy como ministro de Economía de la Alianza en marzo de 2001», *Revista Colección* (UCA), n° 24.
- Zicari, Julián** (2014c). «Matrioskas económicas. La convertibilidad argentina, sus ciclos y crisis. Dinámica interna, sistema bancario, déficit fiscal y endeudamiento», *Ensayos de Economía*, Universidad Nacional de Colombia, n° 45.
- Zicari, Julián** (2015). «De la cooperación al enfrentamiento. Los quiebres en el movimiento piquetero argentino a partir de las asambleas nacionales del año 2001», *Naveg@merica. Revista de la Asociación Española de Americanistas*, n° 14.
- Zicari, Julián** (2016a). «Hasta que la crisis nos separe. Alfonsín, De la Rúa y el partido durante el gobierno de la Alianza (1999-2001)», *Cambios y permanencias*, n° 7, pp. 312-359.

Zicari, Julián (2016b). «De la derrota a la presidencia. La trayectoria política de Eduardo Duhalde entre 1999 y 2001», *Trabajos y comunicaciones*, n° 44, pp. 1-30.

Zicari, Julián (2016c). «Las dos crisis de la convertibilidad y su dispar resolución. Una explicación sociopolítica», *Espectros. Revista cultural* n° 3, pp. 1-38.

Zicari, Julián (2017). «¿Cuán organizada es la organización? Auyero, la zona gris y los saqueos del 2001». En prensa